

Criminalología

CONTRA VIOLENTA

Moderna.

DIRECTOR,
Dr. PEDRO GORI

ADMINISTRADOR
M. PATIÑO.

REDACTOR EN JEFE:
Dr. RICARDO DEL CAMPO

SECRETARIO DE LA REDACCIÓN
M. A. LANCELOTTI

COLABORADORES DEL EXTERIOR

A. Alsterne

Roberto Ardigó — C. Alderman

Juan Bovio

P. Bournet — Napoleón Colajanni

N. Capitan—Pedro Cogliolo

Victor De Greef

Guillermo Ferrero—Enrique Ferri—L. Ferriani

Pedro Figari — Maurice de Fleury

Rafael Garofalo—Alfredo Giribaldi

A. Hamon — Antonio Labriola — G. Landaver

César Lombroso—L. Melian Lafinur

Luis Maino — Pablo Mantegazza

José P. Mazzena — Enrique De Marinis

Enrique Morselli — Romeo Manzoni

S. Ottolenghi

S. Sighele — C. Stevens

G. Saint Paul — Pio Viazzi

A. Zerboglio

COLABORADORES LOCALES

Guillermo Achával — J. L. Aguirre

Jorge Argerich—L. H. Albasio—M. Alvarez Comas —Victor Arreguine

Manuel Carlés—C. Cherubini—Miguel Costa

Antonio Dellepiane — Luis M. Drago — C. del Campo

Carlos Delcasse—Eduardo French—Alejandro Tedeschi

Servando A. Gallegos—Amadeo Gras Goyena—José Ingegnieros

Alberto M. Larroque — M. Mujica Farias—F. Mercanti

Cárlos Malagarriga

V. Grandis — Enrique Navarro Viola — Osvaldo M. Piñero

Manuel T. Podestá — J. M. Ramos Mejia

N. Rodriguez Bustamante

J. T. Sojo — Marcelino Torino

Cárlos M. Urien

Juan Vucetich—Tomás de Veyga

Francisco de Veyga

SUMARIO: — **La delincuencia del génio:** G. Sittoni. — **Polémica Jurídica:** Pedro Gori. — **Colaboraciones Exteriores** de Charles Aldermann. AUSTRALIA. — **Escuela y Criminalidad.** CRITERIOS GENERALES QUE ORIENTARÁN EL ESTUDIO DE **Locos Delincuentes:** José Ingegnieros. — **El factor economico en la producción del delito:** Miguel A. Lancelotti. — **Que debe ser un Presidente?:** Juan Coustau. — **Documento Humano:** Bernardo Bargo Gomez. — **Notas Bibliograficas, REVISTAS:** M. A. L. — **Estadística.**

Criminalología Moderna

REVISTA MENSUAL

DE DERECHO Y PROCEDIMIENTO PENAL;
SOCIOLOGÍA; ANTROPOLOGÍA; MEDICINA LEGAL; LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA;
RESÚMENES DE LOS PROCESOS CÉLEBRES UNIVERSALES
Y ESPECIALMENTE LOCALES;
BIOGRAFÍAS Y ESTUDIOS POSITIVOS SOBRE LAS PERSONALIDADES CULMINANTES
DEL MUNDO CIENTÍFICO, JUDICIAL Y CRIMINAL;
CRÓNICA Y ESTADÍSTICA JUDICIAL, POLICIAL Y CARCELARIA; ESTUDIOS GRAFOLÓGICOS;
BIBLIOGRAFÍA; ILUSTRACIONES; ETC., ETC.

Dirección y Administración: TALCAHUANO 379

BUENOS AIRES

Precios de suscripción:

		TRIMESTRE	SEMESTRE	AÑO	
Capital y la Plata	ps. m/n	3.50	6.00	12.00	} ADELANTADO
Interior	"	4.50	8.00	15.00	
Exterior	" oro	2.40	4.50	8.50	

NÚMERO SUELTO PS. M/N 1.50 — NÚMERO ATRASADO PS. M/N. 2.00

Colección del 1^{er} año ps. 20.00

NOTA.—Los señores abonados anuales tendrán derecho á las publicaciones extraordinarias, hechas por la revista.

CRIMINALOGIA MODERNA

Director: Dr. PEDRO GORI

Redactor en Jefe: Dr. RICARDO DEL CAMPO

Secretario de la Redacción: MIGUEL A. LANCELOTTI.

COLABORADORES LOCALES

- DR. GUILLERMO ACHAVAL, *Director de la Oficina Antropométrica de la Policía de la Capital.*
DR. JULIAN L. AGUIRRE, *Ex vocal de la Exma. Cámara de Apelaciones en lo Criminal.*
DR. MODESTO ALVAREZ COMAS, *Abogado.*
SR. VICTOR ARREGUINE, *Catedrático en el Colegio Nacional de la Capital.*
DR. LUIS H. ALBASIO, *Abogado.*
DR. MANUEL CARLÉS, *Diputado Nacional y Catedrático en el Colegio Nacional de la Capital.*
SR. MIGUEL COSTA, *Director de la Penitenciaría de Sierra Chica.*
DR. LUIS M. DRAGO, *Catedrático en la Facultad de Derecho de Buenos Aires.*
DR. ANTONIO DELLEPIANE, *Catedrático suplente de la Facultad de Derecho—Catedrático en el Colegio Nacional de la Capital.*
DR. CARLOS DECLASSE, *Abogado.*
DR. V. GRANDIS, *Profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires.*
DR. EDUARDO FRENCH, *Juez del Crimen de la Capital.*
DR. SERVANDO A. GALLEGOS, *Juez de Instrucción—Catedrático en Colegio Nacional de la Capital.*
DR. AMADEO FRIAS GOYENA, *Director del Consulario Jurídico de «La Prensa».*
DR. ALBERTO M. LARROQUE, *Juez Correccional.*
DR. MANUEL MUJICA FARIAS, *Secretario del Departamento de la Policía de la Capital.*
DR. CARLOS MALAGARRIGA, *Abogado.*
DR. FERRUCCIO MERCANTI, *Director del Instituto Bacteriológico de La Plata.*
DR. ENRIQUE NAVARRO VIOLA, *Secretario de la Facultad de Derecho de Buenos Aires.*
DR. OSVALDO M. PIÑERO, *Catedrático de la Facultad de Derecho de Buenos Aires.*
DR. MANUEL T. PODESTÁ, *Sub-director del Hospital Nacional de Alienados de Buenos Aires.*
DR. NARCISO RODRIGUEZ BUSTAMANTE, *Juez de Instrucción de la Capital.*
DR. JOSÉ T. SOJO, *Catedrático en el Colegio Nacional de La Plata.*
DR. MARCELINO TORINO, *ex-Juez del Crimen en la Provincia de Salta.*
PR. ALEJANDRO TEDESCHI, *Director del Gabinete de Anatomía del Hospicio Nacional de Alienados de Buenos Aires.*
DR. CARLOS M. URIEN, *Abogado.*
SR. JUAN VUCETICH, *Jefe de las oficinas de Estadística e identificación antropométrica de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.*

COLABORADORES EXTRANJEROS

- DR. CH. ALDERMAN, *Profesor de la Universidad de Melbourne.*
DR. A. ALSTÉRNE, *Abogado de la Universidad de Stokolmo.*
DR. ROBERTO ARDIGÓ, *Profesor de Filosofía positiva en la Universidad de Padua.*
DR. JUAN BOVIO, *Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Nápoles.*
DR. P. BOURNET, *Director del Archivo de Antropología Criminal de Lion.*
DR. NAPOLEON COLAJANNI, *Diputado al Parlamento Italiano.*
DR. PEDRO COGLIOLO, *Catedrático en la Universidad de Génova.*
DR. JOSÉ CREMONESI, *Catedrático de la Facultad de Derecho de Montevideo.*
DR. ENRIQUE DE MARINIS, *Profesor de Derecho en la Universidad de Nápoles.*
DR. ENRIQUE FERRI, *Profesor de Derecho Penal en la Universidad de Roma.*
DR. LINO FERRIANI, *Procurador Fiscal en Como.*
DR. GUILLERMO FERRERO, *Profesor de Derecho y Sociología.*
DR. PEDRO FIGARI, *Abogado.*
DR. RAFAEL GAROFALO, *Consejero de la Corte de Casación en Roma.*
DR. ALFREDO GIRIBALDI, *Director de la Oficina de Antropología Criminal de Montevideo.*
DR. A. HAMON, *Profesor de Derecho en la Universidad de Bruselas.*
DR. CESAR LOMBROSO, *Profesor de Psiquiatría y Antropología en la Universidad de Turin.*
DR. ANTONIO LABRIOLA, *Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Roma.*
DR. G. LANDAVER, *Sociólogo Criminalista de Berlin.*
DR. LUIS MAINO, *Profesor de Derecho en la Universidad de Pavia.*
DR. ENRIQUE MORSELLI, *Profesor de Psiquiatría en la Universidad de Génova.*
DR. PABLO MANTEGAZZA, *Profesor de Higiene y de Antropología en el Instituto Superior de Ciencias de Florencia.*
DR. JOSÉ P. MAZZERA, *Inspector Nacional de Instrucción Pública de la R. O. del Uruguay.*
DR. ROMEO MANZONI, *Director del Colegio Internacional de Lugano.*
DR. S. OTTOLENGHI, *Profesor de Medicina legal en la Universidad de Siena.*
DR. CARLOS STEEVENS, *Abogado de la Universidad de Boston.*
DR. SCIPIO SIGHELE, *Libre docente de la Universidad de Viena.*
DR. PIO VIAZZI, *Abogado.*
DR. ADOLFO ZERBOGLIO, *Profesor de Derecho y Procedimiento Penal en la Universidad de Pisa.*

Administrador: MANUEL PATIÑO

Criminalología Moderna

Año III.

Buenos Aires, Febrero de 1900

Nº 16

La delincuencia del genio

La tesis es algo audaz:—¿Bajo la influencia de un determinado ambiente puede surgir del genio la delincuencia? En otros términos: ¿guarda en sí el genio una latente pero bien definida predisposición para delinquir?

Seguramente que sí.

Sabido es, que el genio es una neurosis degenerativa y que el hombre de genio obra consecuentemente de una manera muy distinta de la generalidad de los hombres; esto es: de una manera anormal y talmente excepcional que lo demuestran intelectualmente no del todo sano;—que no obstante ésto, obra mucho mejor que sus contemporáneos y que es continuamente contrastado por el ambiente, especialmente por el ambiente escolástico;—que es por lo tanto un innovador, malgrado sus lagunas psicofisiológicas, y su afección de epilepsia psíquica; todo lo que, lo distingue de la inmensa pléyade de los hombres mediocres, los únicos en quienes no se verifican formas alocadas.

Es así como de los bajos fondos plebeyos vemos surgir el genio de Cellini y de Villon, la vida de los cuales es una serie continua de delitos, pero cuyas fragmentarias obras maestras han quedado hasta hoy inaccesibles.—Del ambiente patricio y partidario de Florencia surge el genio del Allighieri y del Macchiavelli: del Allighieri que tanto supo distinguirse en los estragos de Campaldino contra los gibelinos de Arezzo, y del Macchiavelli que, admirado del genio del gran duque Valentino lo exalta escribiendo á propósito para él, su gran obra política *Il Principe*, en la que, si bien lo exhorta á la unificación italiana, no deja de ser una especie de absolución á los medios feroces empleados por dicho príncipe para apoderarse de los ducados limítrofes y animándolo á hacer lo mismo con los que no lo eran.

¿Y qué diremos de Miguel Angel y de Bocaccio; de Miguel Angel que hace alarde de haber hecho fuego á más no poder sobre los enemigos de la Roma papal, y de Bocaccio que no trepida en iniciar, en Florencia, con la más infernal alegría, una serie de duelos fatales contra los maridos ultrajados?

El genio de Richelieu, de Mazzarino, de Alberoni, de Cromwell, dirige las suertes de la Francia, de la España, de la Inglaterra, de una manera muy semejante á aquella que César Borgia empleaba para dirigir las suertes de Roma.

Danton *settembrizza* mientras Robespierre dirige, Marat vigila y el gran Carnot organiza las victorias de Vandea y de las Fronteras de donde ha de desarrollarse el *pequeño cabo*: Napoleón I.

Alfieri recorre voluntariamente toda la Europa, invadido por la gran manía de viajar; impulsivo, litigioso al punto de haber llegado más de una vez á los bordes del sepulcro con una muerte violenta. En su biografía relata haber buscado matar, una vez, á uno de sus sirvientes y que si no lo hizo fué porque habiendo visto aquél el peligro supo salvarse con la fuga.

Leopardi, el moralmente débil, que no puede (y esto es quizás lo que más lo irrita) desahogar directamente contra los hombres su naturaleza impulsiva debido á su constitución débil, se limita á hacerlo en sus escritos. Onanista, hipocondriaco y en consecuencia exagerado, el sabe revelarse como el príncipe de los pesimistas, rodeado por todas las exageraciones del sentimiento y de la actividad. Su genio sabe hasta inspirarle canciones sublimes, de un inspirado amor patrio por aquella patria que jamás amó.

A estos genios pueden apegarse otros, pero todos, sin excepción alguna, demostraron quién más y quién menos, según la intensidad de su neurosis, una latente pero bien definida tendencia á delinquir.

El plebeyo Francisco Villon, el amigo de los vagabundos y que dos veces estuvo á punto de ser ahorcado por robos y rapiñas, delinque ciertamente de un modo diverso del patricio Dante que bajo la ejida de la facción hace estragos impunemente entre los Gibelinos en Arezzo; y del político Macchiavelli que con la demostración de la fórmula: *el fin justifica los medios*, halla la manera de absolver á César Borgia de todos los delitos de que la historia hace mención.

Pero, la naturaleza del ambiente es distinta. Ni Dante ni Machiavelli se hallaron en su tierna infancia en la calle, desnudos y abandonados al acaso. Quizás Leopardi hubiera hecho igual cosa que Villon y Cellini si su constitución débil y el ambiente patricio contrario á su natural inclinación no lo hubiera puesto en condiciones diametralmente opuestas á aquellas de éstos; abandonándolo á la hipocondría, á la impulsividad, á la exageración de un carácter indomable pero vencidos por un ambiente contrario al instinto innato del individuo subyugado. ¿Cuántas formas no se confunden y se funden en la epilepsia?

También las estadísticas demuestran que allá donde más abunda la delincuencia hay más hombres geniales, donde el hombre genial es separado del delincuente común por circunstancias naturales del organismo, independientes de la herencia de las adaptaciones y más apto también por una suficiente cultura á aferrar y desarrollar ciertos principios.

El genio, es pues, el fruto del estado patológico del ambiente en el cual explica sus manifestaciones, sea naturales como sociales, el fruto de la degeneración de la sociedad que lo ha producido.

En todos los genios hay la tendencia al mal más ó menos refrenada, según la educación, y que aparece en toda su majestad en Cellini educado en la calle, y bajo una forma más legal, pero no por esto menos brutal, en Allighieri educado en las facciones; ó más jesuíticamente velada en Macchiavelli, educado en los giros tortuosos de la política; ó en otras formas como lo veremos más adelante en los genios contemporáneos.

Hay naturalezas geniales que jamás han dilin-

quido ni nunca han demostrado su tendencia á delinquir, como por ejemplo, Petrarca. Pero, la excesiva sensibilidad y el excesivo misticismo del cantor de Laura, denuncian inmediatamente su naturaleza epiléptica. Petrarca pudo no haber delinquido porque nunca fué hombre de partido ni hombre político, pero él ha desahogado su fiebre en *Rimas*, la fiebre del hombre inclinado á las pasiones fuertes y que para él no fué sino una fiebre amorosa. ¿Pudo haber sido una fiebre política? No, si nos basamos en la educación de Petrarca, y su caso viene á ser no otra cosa que un caso de anestesia criminal. El gérmen está aunque latente, gérmen que la vida del poeta supo mantener en tal estadio.

* *

Existe otra categoría de genios, como por ejemplo Ibsen, Tolstoi, que aman la vida solitaria y otros como por ejemplo Dante, Alfieri, que después de una vida llena de aventuras disgustados del ambiente y de ellos mismos se retiran á una vida silenciosa, los cuales viven concentrados en sí mismo (y tal vez por esto no delinquen).

Innovadores y transformadores ellos han trabajado apasionadamente alrededor de una misma tesis: ellos no hablan sinó de neurasténicos. Sus personajes, todos degenerados, son exajeradamente extraños, fantásticos y á menudo delincuentes.

Ellos han concentrado todas sus fuerzas en la descripción de estos tipos anormales y es tanta la pasión con que se han dedicado á ello, que la exageración ha aparecido en determinados caracteres principales.—En sus caracteres el protagonista es siempre extraño, enigmático, vago y confundido; ¿quién no conoce las acaloradas discusiones promovidas por Nora (Casa di Bambole), por Selma Steilberg (La lega della gioventú), las bizarras heroínas de estos dramas de Ibsen? ¿Quién no conoce las criaturas monstruosas y patológicas que figuran en la *Potenza delle Tenebre* de Tolstoi?

Y lo curioso es que tanto Ibsen como Tolstoi insisten con prepotencia y se dedican con agitación febril á la provocación de estos tipos extraños.

Entrevistado últimamente Ibsen sobre la inverosimilitud de la partida de Nora (el final de *Casa de bambola*) contestó: «Lo que las otras madres hacen es asunto de ellas. Nora es de índole tal que se vá!»

Y hé aquí todo.

¿Pero es verdaderamente una fuerza irresistible la que conduce á estos á provocar continuamente sujetos anormales y á cosechar constantemente en el campo de las neurosis más extrañas y exageradas?

Seguramente cada trabajo, ya sea de Ibsen ó de Tolstoi, se propone, y victoriosamente, alcanzar un fin preestablecido; este fin no había podido recibir un *satisfecit* fuera del campo de las neurosis; pero la innecesariamente exagerada atención psíquica de los personajes de Ibsen y la aferrada y espaventable forma del delito que se desarrolla en la *Potenza delle tenebre* de Tolstoi, mientras revelan un profundo análisis del alma humana, ésta resulta exageradamente agrandada por la pasión en la cual el autor ha trabajado alrededor del triunfo de su tesis.

El genio está—pero hay algo más:—el desahogo de la naturaleza del autor que se descarga sobre los nervios de un actor dramático magistralmente penetrado de su parte en la representación sobre la escena de una criatura patológicamente monstruosa, sea que se llamen Osvaldo Halving (*Gli spettri*) ó Nikita (*Potenza della tenebre*).

Es una manera maestra de acanalar la propia delincuencia.—Son estos los hombres de genio que no delinquen ni contra las personas ni contra las cosas en la vida social; pero que no obstante, su grado de delincuencia recibe un *satisfecit* en el escenario de un teatro moderno.

Y á semejanza de éstos, todos los demás hombres de genio que se dedican con actividad febril á los estudios de la antropología criminal y de las neurosis más adelantadas, constituyen, merced á esta actividad febril, un dique suficiente (aunque neurótico) al grado de delincuencia sobre el que está basado su organismo.

Un gran torrente, abandonado á sí mismo se desahoga devastando todo lo que halla á su paso, pero acanalado puede fecundar y desahogarse contemporáneamente.—Tal es la naturaleza del genio.

La excitabilidad del hombre de genio aparece claramente en sus polémicas: —se puede afirmar que en cada línea aparece un epíteto muy poco lisonjero para el crítico adverso. Esto se halla en todas las polémicas modernas de *hombres hechos así* y en todos los libros de los antiguos maestros. Esta intolerancia, porque es verda-

deramente una intolerancia para con las ideas contrarias, demuestra cada vez más la tendencia á delinquir del genio, tendencia que se va manifestando en los escritores geniales (casi siempre innovadores ó secuaces de innovadores) en un desahogo más ó menos sereno, llámase polémica ó trabajo de arte innovador.

El genio se halla pues en continua lucha contra todas las viejas escuelas, sea que se trate de arte, de ciencias, de literatura ó de política; pero si su educación moral es insuficiente, si su espíritu por falta de voluntad, de cultura intelectual es insuficiente para luchar en estos terrenos, él sabe disponerse á la lucha contra los códigos penales y cuando nó, contra la sociedad.

El genio no es pues delincuente, pero tiene consigo el estado latente pronto á manifestarse ó nó, según el círculo en que se ajita, según las satisfacciones que puede acarrear.

De cualquier manera, sea que dicho estado se mantenga simplemente excitado, como en Dante en su segundo período de vida, sea que se remonte á más altos grados de delincuencia, como en Villon, lo cierto es que existe y que es igualmente siempre fecundo.

G. SITTONI

Polemica Jurídica

Un erudito y tenaz adversario de la dirección Sociológica en criminalología, el Profesor Luis Lucchini, nos envía un reciente ataque polémico publicado en la «*Rivista Penale*» que él dirige, contra lo que se llama la «*metafísica antropológica*», y sacando argumentos de las siguientes solemnidades en honor de Francisco Carrara en las que tomaron parte, sin distinción de escuelas, todos los cultores de las disciplinas jurídicas, encuentra el modo de presentar como una ironía cuanto Enrique Ferri y otros positivistas han escrito con tal ocasión, sobre la obra del gran Criminalista.

Aun cuando no concuerda enteramente con Ferri en lo que ha escrito y dicho acerca de la doctrina de Carrara, y admitiendo con Lucchini, que la escuela jurídica (que el profesor de Bolonia se irrita al oírla llamar clásica) no ha

agotado todavía su más noble tendencia que es la de quitar á la pena el carácter de suplicio, y más aún, su tendencia de querer suprimir del catálogo de los delitos, las manifestaciones de opinión, victoria esta última que desgraciadamente no ha sido alcanzada aún por el pensamiento humano, sobre las fechorías atávicas de algunos gobiernos,—creo sin embargo, en lo que á mi respecta, poder rechazar la inmerecida acusación de irreverencia contra la memoria del ilustre maestro.

En las columnas de esta misma Revista, y á propósito de dos artículos: de Nicolo Gallo uno, y de Ferri el otro, publicados ambos en en la «Nuova Antología» de Roma, he escrito hace algunos meses sobre Francisco Carrara lo que su veneranda memoria y la sincera admiración por el gran jurisconsulto, podían sujerir al discípulo agradecido, aunque no servilmente partidario de sus ilustradas enseñanzas.

Y puesto que el artículo de Lucchini afirma que la escuela positiva de criminalología «está condenada hoy á volver á masticar las infantiles elucubraciones y á refugiarse después del ostracismo recibido en los países civilizados del Viejo Mundo; en los del nuevo, allí, especialmente donde las mentes «*son vírgenes*» como sus «*jóvenes doctrinas*»,—séanos permitido, aun por interés personal, declararnos satisfechos de sentirnos *jóvenes* como las corrientes científicas de desde las otras ramificaciones de la sabiduría moderna, nos trajeron la honda fresca y viva de los derechos observados y constatados, allí donde la ciencia de los delitos y de las penas, no tenía más apoyo que una construcción-lógica hasta donde se quiera en silojismos jurídicos, pero completamente apriorística—que se había podido acumular toda una imponente literatura sobre el derecho violado por el delincuente, como base de toda la penología, habia también prescindido por completo de la vivisección del alma del delincuente mismo en sus factores bio-fisiológicos—y después de las fúlgidas escaramuzas de Romagnosi y de Quetelet,—había olvidado casi las relaciones de filiación entre criminalidad y ambiente social; cosas ambas que solo son debidas á la poca madurez de los estudios naturales sobre el hombre y sus aptitudes en el tiempo en la escuela jurídica florecía, y á la incertidumbre de la sociología que solo era entonces una ciencia auxiliar en las doctrinas morales y jurídicas.

Complácenos también que «*vírgenes*» (que

significa no esterilizadas) sean las mentes de los pueblos jóvenes entre los cuales la fortuna nos ha traído á vivir y á trabajar, porque así será menos áspera la fatiga de remover las ruinas, aunque venerables, del pasado, y más fecunda será la simiente de las *nuevas verdades* que la paciente indagación humana-vá, elaborando con el método positivo, aún en el campo de la criminalología, y que las vetustas cofradías de sabios de los países viejos en la historia y en la ciencia, combaten con la crueldad intolerante con que los revolucionarios de ayer, hoy anacrónicos é impotentes ante las necesidades y realidades nuevas, se oponen ó tratan de oponerse y á la fatal y eterna evolución de las formas y da las cosas.

Esta afirmación no es más que la referencia á una verdad indiscutible de todos los tiempos, de todos los lugares, de todas las actividades humanas. Sostener que el estudio biológico del delito en relación al individuo que lo comete y de la sociedad en que lo desenvuelve y lo reprime, con los nuevos datos que las otras ciencias suministran, representa la tendencia inevitable de la época moderna, la cual más que las colosales construcciones abstractas, quiere constataciones modestas pero inatacables del hecho individualmente analizado, y concluir que, de hoy más, el trabajo más propicio del criminalista es el de materializar con documentos humanos el espléndido edificio de las disertaciones jurídicas, no es destruir la gloria de los que, en esta obra de los siglos, legaran una parte de su genio y de su vida á este todo monumental que se llama ciencia aunque de ese legado intelectual, alguna parte haya sido olvidada, por la necesidad de acrecer y solidificar las construcciones con cimientos nuevos.

No es vejar á los maestros que nos iluminaron la vía, hasta los senderos novísimos en que hoy queremos encaminarnos por nuestras propias fuerzas, si al punto de separarnos en el camino hecho en común, nos inclinamos ante ellos con gratitud, recordando que sin su guía luminosa, nos habría sido imposible llegar hasta aquel punto en que nos orientamos hacia la meta, adonde nos conducían nuestras especiales aptitudes, la edad, las necesidades y tendencias de las sociedades y de la ciencia.

No es ironía relevar, glorificando á los verdaderamente grandes, las diferencias entre las doctrinas que ellos proclaman y las sostenidas por los glorificadores, en cuyas apologías nadie

podrá ver una exaltación de sí mismos á través de los principios de la escuela.

Será, entonces, lícito—tomar como befa todo elogio sincero hecho de un hombre ó de una obra, cada vez que, se disienta de sus métodos ó de sus convicciones?

Admirar al Dante, será acaso obligarse á aceptar sus nociones en materia de astronomía?

Por ventura, solo los católicos tendrán el derecho de inclinarse ante los milagros artísticos de Rafael ó Miguel Angel?

Después de todo, aun en la física celeste es inexacto que la ciencia siga dogmáticamente las enseñanzas—por sólidas que sean—de Kepler y de Galileo, y no por esto cree faltar á la veneración debida á estos dos grandísimos revolucionarios de los cielos:

Y ellos, á su vez, descompaginando con la mente poderosa las nociones que se tenían en la antigüedad sobre las leyes que dominan el movimiento y naturaleza de los astros, fueran, acaso, irreverentes hacia la grandeza de los filósofos que iluminaron á la antigüedad con la verdad *científica relativa* á su época?

Así, en nuestro campo, la revolución producida por el método experimental y por las ciencias naturales en el estudio complejo, aun que homogéneo, del hombre y de la sociedad en sus relaciones recíprocas de defensa y cooperación, la necesidad intelectual de cada vez que aproximar, se descubren sus vínculos secretos, antes ignorados, los ramos del saber á este principio fundamental de la unidad de la ciencia, que no significa uniformidad y que implica más bien la necesidad moderna de la división del trabajo, en relación al otro principio correlativo de la unidad de la vida, que quiere decir multiformidad de desarrollo y de acción, y, por fin, la reconocida utilidad práctica, desde el punto de vista social, de llevar el estudio del delito de su carácter jurídico y de lesión del derecho, á sus génesis fisio-patológica, para poderlo combatir mejor en sus causas de índole varia, hicieron que una nueva corriente de indagaciones, observaciones y descubrimientos indiscutibles, se mezclase á la vieja corriente puramente filosófica y doctrinaria de la que conservó la parte sólida y vital, arrastrando sus perezosas aguas estériles en un movimiento progresivo y vivificante de progreso.

Cierto es (por qué no confesarlo?) que han sido muchos los errores entre los mismos renovadores de la criminalología.

El que esto escribe tuvo ocasión de enumerarlos en las conferencias de Sociología Criminal dadas en la Universidad de Buenos Aires. (1)

Pero cual es la nueva dirección que no exajera sus tendencias hacia el polo de la verdad descubierta, olvidando otras verdades concomitantes, quizá por lo mismo que son harto conocidas?

Contra la polarización antropológica de los primeros tiempos, estuvo en el seno mismo de la escuela positiva, una sana y potente reacción sociológica tanto que, como es sabido, el equilibrio entre los dos órdenes supremos de los factores criminosos, fué bien pronto restablecido.

Y el propio Lombroso, en la lealtad con que corrigió las geniales afirmaciones del primer momento en lo que pudieran tener de exagerado, acabó por reconocer al factor sociológico de la criminalidad, su poderosa influencia hasta por su repercusión sobre la naturaleza fisiológica y moral de los determinados individuos, que los más radicales de la escuela reivindicaban desde algun tiempo atrás. (2)

Toda la heregía científica de los positivistas del derecho penal se reduce, pues, para el que sepa considerar las cosas más allá de las cuestiones personales y de las intolerancias de escuela, á una diversidad de dirección, tan profunda como se quiera y como lo determinaran las tendencias del espíritu moderno, pero que no representa, sin embargo, una demolición de la obra de los maestros de la escuela jurídica (excepto la parte metafísica de la misma) ni importa una injuria á su respecto, como para la dirección de Papin no son una ofensa, las modificaciones—por sustanciales que sean—introducidas por la industria contemporánea á su caldera de vapor.

Quede, pues, á cargo de los creyentes, también, en la dirección jurídica del derecho penal (si como afirma Lucchini, son capaces de desempeñarla con firmeza y con valor) la misión de *moderar los abusos de la autoridad* (en lo que Francisco Carrara fué verdaderamente maestro como profesor y como abogado) y de combatir contra una tendencia modernísima de la justicia penal de todos los países, que consiste en hacer—como lo observa Ferri en uno de sus

(1) V. P. Gori. — "La evoluzione della Sociologia criminale".—Buenos Aires 1899.

(2) C. Lombroso. — "Le Crime:—Causes et remèdes."

últimos artículos (1)—defensa de clases en vez de defensa social, y de hacer servir muchas veces al instrumento severo de la tutela jurídica, como órgano de represalias contra los humildes y los indefensos, aunque sea un inocente ó levemente culpable, y no haciendo uso de él cuando se trata de la alta y afortunada delincuencia.

Pero sobre este particular, y á fuer de serenos positivistas, no nos hacemos excesivas ilusiones. La frase del gran jurisconsulto quedará como una bandera decorativa de las grandes ocasiones, y sobre todo, para cuando haya que hacer pasar nada menos que por reaccionarios á los que pocos años antes eran llamados los *nihilistas* del derecho, porque afirmaban que la evolución de las otras ciencias, debía necesariamente manifestarse también en la de los delitos y su propilaxia.

Por la estrecha conexión de los fenómenos de la vida social, como por los de todo organismo superior, nosotros esperamos, en cambio, si no el triunfo de la justicia, por lo menos la disminución de la injusticia, por la aplicación integral de las medidas de esa *clínica social contra el delito* que el docto adversario hace mal en satirizar, olvidando, por comodidad de polémica el surco de luz que dejaron sobre este argumento, precursores de la moderna sociología criminal, jurisconsultos y filósofos no menos gloriosos que Carrara y alejados, como él, de estos cismáticos de la ciencia oficial, los positivistas de la criminalología.

Pero el derecho de honrar con la mente libre de todo vasallaje escolástico, á los maestros á quienes amamos y de quienes fuimos amados, no lo hemos perdido por haber adoptado otras vías y otros métodos diversos, encaminados á la investigación de la verdad; y lo reivindicamos desde estas lejanas tierras, sin abdicaciones intelectuales y sin olvidos orgullosos, con la ternura y con la fé, leales conque la gratitud nos liga siempre á los padres que dejamos en la patria de nacimiento, aunque sus convicciones y sus ideales, no sean ya nuestros ideales y nuestras convicciones.

PEDRO GORI.



(1) Scuola Positiva—Año IV N° 10.

Colaboraciones Exteriores

Especiales y exclusivas para «Criminalología Moderna»

DE CHARLES ALDERMAN.—AUSTRALIA



Escuela y Criminalidad

En una anterior mía, hablando de los sustitutos sociológicos de la criminalidad en relación á las condiciones actuales del novísimo continente y de sus islas adyacentes—me refería á algunos factores moralizadores que han hechos de esas tierras, no hace mucho destinadas á la deportación, uno de los países más laboriosamente honestos del mundo.

Es mi propósito ocuparme hoy, aunque de un modo rápido y superficial, de la relación entre la difusión de la cultura—tanto de la población natural como de la población inmigrada,—y la disminución de la criminalidad.

No han faltado positivistas de la escuela antropológica italiana que han pretendido demostrar que la instrucción no ejerce sino una influencia limitadísima como preventivo mental de las distintas manifestaciones delictuosas, sea que previniesen exclusivamente del individuo, ó del ambiente exterior. No pocos han afirmado también que por el contrario, en el caso de algunos monstruos morales, la instrucción no había hecho más que refinar sus tendencias malvadas.

Ahora, si esto es cierto, en algunos casos excepcionales—y cuando por instrucción se entiende la simple cultura de las facultades mentales, sin un complemento lógico é integral de la educación del alma con aquella sabia gimnasia del sentido moral, que debería ser el primer elemento de la escuela moderna—en el caso, en vez de una racional cultura de la razón, y del sentimiento, como es aquella que forma la base de la instrucción popular de las colonias británicas de la Australia, los resultados no podrán ser otros que los indicados en este breve estudio, corroborados por la evidencia de los hechos.

Pero ante todo, dos palabras sobre la delincuencia australiana, que puede dividirse en *endémica* y *exótica*; aquella, esto es, que trae su origen de los caracteres étnicos, de las costumbres, de las perversiones especiales de la población indígena, y la otra cuya raíz fisiológica y social arranca del material humano de importación, y que reproduce por estas tierras de la extremidad sud, el mismo proceso

etico-morbo de la delincuencia, propia de las viejas civilizaciones septentrionales. Naturalmente, el contingente de una de esas formas es dado por el elemento indígena, y el de la otra por aquel de origen europeo.

Sería el caso de preguntar si también del punto de vista de la evolución histórica, pueden sociológicamente llamarse delitos algunos hechos juzgados no solo no delictuosos, pero más bien obligatorios, tanto por las costumbres religiosas y sociales de las tribus indígenas:—como las de comer los muertos ó aquella del raptó ó de la venta de la mujer en sustitución del matrimonio, y otros más.

Los homicidios cometidos en Australia por los negros contra los blancos y viceversa, constituyen la delincuencia específica de los países australianos, y representan la forma más brutal de la *struggle for life*, basada sobre un odio atávico de raza que ninguna de las sabias disposiciones legislativas podría destruir.

En vano la «*native police*» compuesta de agentes negros bajo la dirección de los blancos, trata de representar el principio de la defensa social con un *trait d'union* entre las dos razas: el odio entre ellas es más potente que todas las buenas intenciones, y la lucha, sorda pero insesante prosigue, y de tanto en tanto algún colono blanco, que se aventura á internarse en los bosques aparece asesinado, y más amenable todavía, el cadáver de un negro viene á probar que en esta represalia feroz cuyo éxito final no puede ser dudoso, la raza superior no es menos enfurecida que la otra.

El objeto de la «*native police*» es refrenar las agresiones de los blancos y detener á los negros que se hacen culpables de heridas ó de matanza de los blancos.

Pero, á menudo, el primer objetivo no es alcanzado, porque los jurados compuestos de personas blancas, absuelven casi constantemente á los colonos acusados de delitos contra la gente de color. El segundo que tiende á valerse del particular instinto que tiene el negro de reconocer en los bosques las huellas de las personas que por entre ellos han pasado, no es tampoco las más de las veces, alcanzado porque ó el culpable pertenece á la misma tribu, de la cual forma parte el agente negro, y entonces no lo detiene, ó halla el modo de advertirlo á tiempo para que huya, ó si pertenecen á una tribu enemiga, entonces valiéndose de la superioridad de las armas suele aportar en vez de la justicia, la venganza azoladora en la tribu enemiga, apoderándose de las mujeres y de los niños.

Es así como esta institución,—que sugerida por el espíritu práctico inglés debía haber,

teóricamente, representado la policía mixta ideal, para advenir á las exigencias de una población en la cual los odios y los antagonismos de intereses, sobre el espíritu de raza, son tan profundos é invencibles—es á su vez proveída por la peor de las delincuencias: la de los representantes de las leyes, en nombre de las leyes mismas y bajo el impulso de la más bestial impulsividad.

Afortunadamente el sistema judicial calcado del sistema inglés, constituye un correctivo al funcionamiento, algunas veces caótico, de esta rama de la policía australiana.

La justicia penal con leves variaciones según las diversas colonias, es administrada con orden gerárgico en las *city-courts*, corte cívica, en las *county-courts*, corte de contea, equivalente al tribunal de apelación de otros países, y en el *Tribunal Supremo*, que resuelve las cuestiones de derecho. La costumbre y la jurisprudencia, como en Inglaterra, y á imitación de los pretores romanos, suplen á la falta, por otra parte no deplorada, de la leyes escritas y de las codificaciones sistemáticas. Se hallan á cargo de la administración de la justicia las mejores inteligencias y conciencias jurídicas del país, constituidas en una excelente posición económica y moral. La función represiva si no se halla exenta de errores, es por lo menos sana é inmune de los vicios orgánicos que roen los organismos consumados en otros países.

La delincuencia étnica de las razas indígenas en los delitos contra la propiedad, constituyen, la cuota mínima de toda la criminalidad australiana: todo se reduce á leves hurtos campestres de alguna oveja ó de algún utensilio agrícola; mientras en las poblaciones urbana, la cuota máxima, aun hecha la proporción del mayor número en los ataques graves contra la propiedad, complicados con delitos contra las personas, es dada por la raza conquistadora, ó la blanca, maestra de los indígenas, por otra parte, muy adelantada en los vicios propios de las viejas civilizaciones: alcoholismo, abusos eróticos, y abuso del tabaco, con todas las consecuencias desastrosas de la degeneración fisiológica y moral.

Aquí en el novísimo continente y en toda la Australasia británica, son muy raros esos grandes delitos tan frecuentes en las grandes aglomeraciones europeas y americanas y de las cuales no nos llega más que el leve eco como repercusión de un mundo lejano y desconocido:—solamente de tanto en tanto las crónicas criminales de las grandes ciudades: Melbourne, Sidney, Adelaide, tiene ocasión de registrar algún hecho de sangre emocionante,

debido las más de las veces á alguno de aquellos misteriosos *commis voyageurs* del delito, sembrando el terror en su camino, y casi siempre del elemento venido de los países septentrionales; puesto que los naturales de aquí, blancos ó negros, hallan, en la educación y en la instrucción largamente difundida y más aun en las felices condiciones de vida económica, asegurada por el trabajo, los más fuertes estímulos para un laboriosidad honesta y tranquila.

Los mismos indígenas de las tribus salvajes, á despecho de la leyenda que han hecho de ellos los prototipos de los antropófagos, si lo fueron, cesaron de serlo desde hace mucho tiempo; y malgrado las doctas disertaciones del célebre fisiólogo berlinés doctor Krenge, que coloca al indígena australiano, físicamente é intelectualmente, al último escalón de la humanidad, no presentan aquellas especiales características de anti sociabilidad y de crueldad, que han hecho del salvaje, según las conclusiones de algun antropólogo criminalista, un equivalente antropológico del delincuente.

Basta hacer aquí en Australia, la comparación entre estos miserables residuos de una raza vencida y condenada á la extinción total y los representantes de la raza caucásica, cuando soplen sobre éstos las bajas pasiones del interés egoísta y de concupiscencia y que afortunadamente no han podido difundirse á sus anchas sobre estas tierras aun casi vírgenes.

Una dolorosa exepción á esta característica especial del espíritu público Australiano, es aquella creada por la atmósfera moral, saturada de bajas pasiones, propia y exclusiva de la vida de las minas, las que también constituyen, como todos saben, la más grande fuente de riqueza de estas colonias. Allá en las riquísimas mineras de oro ó de plata, las más abundante del mundo, entre las legiones cada vez más crecientes de los trabajadores, llegados de todos los países, el clásico demonio del rubio metal, es de las carnes y de los espíritus una fiebre maligna, de la cual nacen, como de una mortal fermentación, las estafas y las violencias, los suicidios y los homicidios, mientras las necesidades y la *malaria* de los pantanos degeneran el organismo físico, produciendo una infinidad de enfermedades como la *miner's disease*, especie de bronquitis crónica, mixta á clorosis y á neuroastenia general, de donde, como se comprende, pueden surgir con la máxima facilidad las más profundas perturbaciones nerviosas y psíquicas aptas para crear en los enfermos y en su prole el más espantoso substrato fisiopático de delincuen-

cia. Así que es el caso de preguntarse; si estas visceras preciosas de oro y plata de las cuales la Australia se enorgullece, no sean una mina cargada, bajo su honesta actividad de país joven, y contenga el germen de una futura disolución moral.

Entre tanto, como un vasto y poderoso dique de prevención social, se eleva, en todas las colonias, de año en año más triunfante, la escuela.—En la colonia Victoria la emulación es admirable entre las instituciones tanto de educación pública, como de educación privada, cuyo resultado consolante es el siguiente: que el analfabetismo con el consiguiente embrutecimiento moral ha desaparecido casi por completo de esta tierra, la última que ha entrado en el concierto de las sociedades modernas.

Al futuro ciudadano australiano, por una sabia prevención pedagógica, se le enseña primeramente el alfabeto del mundo moral, esto es, los elementos de sus deberes de hombre, antes que las nociones técnicas de la cultura mental. Ahora bien, he podido recientemente constatar de los registros de las cárceles, que muy pocos de aquellos que habían recibido la educación en las escuelas públicas ó privadas de las colonias habían pasado en la triste coorte de la criminalidad. Los más, entre los recluidos y los que sufren alguna condena, son, como decía, mercaderías de importación.

Tanto ó más que la misma colonia Victoria, las otras colonias australianas consagran á la educación y á la instrucción pública ingentes sumas de dinero.

La colonia del New South Wales gasta en provecho de las escuelas, anualmente, más de 700.000 esterlinas—17 millones y medio de francos.—Existen en dicho territorio más de 3.500 escuelas públicas frecuentadas por unos 270.000 alumnos de ambos sexos. Bajo el punto de vista de la higiene y de la amplitud de los locales, de la gradualidad de los programas y de la capacidad del personal docente, los institutos públicos de educación aquí responden á los más altos ideales modernos.

En la colonia del South Australia, sobre una escasa población, hay 839 escuelas públicas con otros 2000 maestros y 120.000 alumnos de ambos sexos.—En la colonia de Queensland, que supera muy poco los 500.000 habitantes, hay más de 850 escuelas públicas, con 1900 maestros y 92.000 discípulos.

En la Tasmania, malgrado la exigua población, se cuentan cerca de 300 escuelas con otros 350 maestros y 30.800 discípulos.—En la Australia Occidental, sobre una población de apenas 200.000 habitantes existen más de 250 escuelas públicas con 300 maestros y más de 17.000 alumnos.

En la Nueva Zelandia, donde en estos últimos años los progresos fueron inmensos, la cifra de los analfabetos se redujo al 5 o/o. Hay 1496 escuelas, 4670 maestros y 195.000 alumnos de raza blanca, además de 96 escuelas indígenas. Hay además 357 bibliotecas públicas con más de 500.000 volúmenes. Y sin embargo la población no supera los 800.000 habitantes.—Y aquí una particularidad de mi tesis: en la Nueva Zelandia, donde la educación pública y el bienestar material hacen sentir más y mejor que en todas las otras colonias australianas sus benéficos efectos, no hay más que 2 1/2 condenas por cada 15.000 personas anualmente, y de éstas, la mayor parte por ebriedad u otras leves contravenciones. Los delitos de sangre son escasísimos.

Así también en las otras islas adyacentes menos importantes de la Australiana británica, la instrucción pública es objeto de la mayor atención como que además de ser considerado como un factor poderosísimo de cultura general y de progreso material, lo es al mismo tiempo de preventivo eficaz contra el morbo de la delincuencia.

Hasta en la Nueva Guinea, donde los habitantes indígenas, los Papui representan una de las razas más atrasadas del mundo, física é intelectualmente; hasta en la isla de Norfolok, que fué desde principios de este siglo una de las penitenciarías más horribles, donde solían enviarse los reincidentes más peligrosos y los galeotos que, transportados desde Inglaterra á Sidney, hubieran cometido ahí nuevos crímenes; y aun en las islas Fijias, donde la raza indígena hace apenas veinte años dejó las atroces prácticas del canibalismo, la escuela, este faro de civilización, ya difunde sus rayos luminosos y benditos sobre la mente y los corazones todavía paralizados sobre los confines de la barbarie.

Quiero terminar estos breves apuntes sobre la cultura pública y la delincuencia en la Australia británica con la historia característica de la célebre penitenciaría de Norfolk, ya citada.

Los trabajos á los cuales eran sometidos los presos, eran duros y fatigosos; la disciplina casi feroz y á la menor tentativa de amotinamiento se infligían los más atroces castigos, y no raras veces los instigadores eran *ipso facto* fusilados, sin formalidad de proceso, cuando no se suicidaban por desesperación, lo que era muy frecuente.

Por más que fuesen segregados en el océano, no obstante la fama de las crueldades perpetradas, llegó á levantar en Australia un movimiento bien acentuado en la opinión pública para oponerse á la deportación de los de-

lincentes:—y la propaganda hizo camino hasta en las Islas Británicas, así que desde 1856 se suspendieron los ulteriores envíos de todo otro delincuente.—Lo que es ahora, este antiguo receptáculo de malhechores y de carceleros aun más feroces que aquellos, se ha vuelto la residencia de una colonia feliz.

Años hace que se descubrieron en la pequeña isla de Pitcairn que se creía sin habitantes, algunos ex-galeotos que después de un amotinamiento habían podido refugiarse allí y procurarse mujeres por medio de raptos, se volvieron padres de familia laboriosos y honestos. Ciertamente es que la mayor parte de ellos solo hacían parte de aquella delincuencia de ocasión cuyas causales son de índole más bien sociológicas ó pasionales y que menos de toda otra presenta el peligro de la herencia de algunos caracteres orgánicos. Y de esto he podido tener informaciones bastantes exactas.

Una vez descubiertos y detenidos—los ex-galeotos y sus hijos—puesto que las penas se habían prescrito, pidieron al gobierno inglés que se les enviara á la isla de Norfolk,—donde ya no se mandaba ningún delincuente,—y que se les dejara la isla para cultivarla;—cosa que el gobierno inglés no dejó de conceder.

Y bien, hoy en día, la isla maldita, es la florida isla del libre trabajo de estos sobrevivientes de los presidios, y de sus hijos.

Días hace, una revista pedagógica de Lidney traía el discurso con el cual el gobernador inauguró una nueva escuela educativa y profesional en la isla de las lúgubres memorias. El discurso termina con estas palabras:—Es de estas playas, donde un día el dolor de la pena maldecía la fatiga, esta nueva institución sagrada á la mente, al corazón y al brazo de los hijos de aquellos que aquí sufrieron, sea el favor de una nueva tradición de la isla de Norfolk, sobre los mares de Australia y sepa el navegante, al pasar, que el trabajo libre también aquí, de la escuela á los campos, es al fin bendito y saludado como el solo redentor de las culpas humanas. Y he aquí una batalla vencida en nombre de la luz, en nombre del amor.....

He querido transmitir textualmente estas sabias palabras, porque resumen todo mi pensamiento.—En ningún lugar mejor que en la escuela de Norfolk podría escribirse la frase de Taine por más hiperbólica que ella pueda parecer á los pesimistas: «por cada escuela que se abra, una prisión se cierra».

Las paredes de la tétrica Penitenciaría, allá están para testimoniar que, al menos, por lo que respecta á estos pueblos nuevos, dicha frase no es una mentira.

CHARLES ALDERMAN.

CRITERIOS GENERALES

que orientarán el estudio de los

LOCOS DELINCUENTES

I

La psiquiatría criminal.

Un capítulo de la ciencia positiva no escrito todavía.

El estudioso que observa con ferviente pasión de conocer, templada por la serena frialdad de los modernos métodos científicos, el mundo tristemente doloroso de la locura y del delito, se detiene al encontrar en su camino al misterioso personaje de las grandes tragedias del espíritu, que *Shakespeare* supo encarnar genialmente en la concepción artística de Hamlet. Y el interés del estudioso llega á transformarse en una verdadera pasión científica—cuyas crisis morbosas ilustró inteligentemente *Patrizi*—en presencia de los innumerables problemas que sugiere este grupo de anormales, condenados por la herencia y por el ambiente á ser víctimas de la locura al mismo tiempo que á ser los actores inconscientes de las más extrañas y refinadas manifestaciones de la criminalidad.

Cierto es que el «loco delincuente» ha llamado siempre la atención de los criminalistas, psiquiatras y médicos-legistas; las cuestiones de responsabilidad y de penalidad han preocupado constantemente á los peritos en la materia. Pero no es menos cierto que aún no ha sido objeto de ningún estudio serio, concienzudo y completo, que dé solución á los innumerables problemas que con este tópico se relacionan.

Este es, sin duda, el limbo estéril de las ciencias criminal y psiquiátrica; todos, ó una gran parte de los problemas relacionados con el «loco delincuente», están esperando una solución científica que ponga término á las innumerables polémicas que despierta. Como trataremos de ponerlo en evidencia, está aún por escribirse este largo é importante capítulo de la ciencia positiva, destinado á ejercer en el porvenir una notable influencia sobre los criterios fundamentales del derecho penal y de la psiquiatría, de la medicina legal y de la antropología criminal.

II

El «loco delincuente» ante el concepto de la degeneración.

Sergi, con clarividencia poco común, ha abordado el análisis de la patogénesis degenerativa,

llegando á la conclusión de que los degenerados son todos aquellos seres humanos que, aún sobreviviendo en la lucha por la vida, son débiles y llevan los estigmas más ó menos marcados de su debilidad, tanto en las formas físicas como en la manera de actuar, y sobreviven en condiciones inferiores, siendo, además, poco aptos para las luchas siguientes.

Esta definición, como oportunamente le observara *Tonnini*, era incompleta, por cuanto prescindía del importante contingente de degenerados vencedores en las luchas por la existencia, en quienes lejos de realizarse la selección depurativa con eliminación de los malos elementos y conservación de los buenos, se realiza la selección invertida, la selección degenerativa; por lo que se propuso sustituir á la definición de *Sergi* esta otra más clara y definida: el degenerado, en general, es un individuo vencido ó vencedor en la lucha por la existencia, que por las imperfecciones innatas ó por la desintegración adquirida del carácter ó de la restante funcionalidad psíquica, resulta improductivo ó nocivo á la sociedad. Definición que responde por igual á las exigencias del criterio antropológico y á las del criterio sociológico.

Pretender la determinación de un degenerado-tipo es absurda; lo que hace injustificable la objeción hecha por *Féré* á *Lombroso* y su escuela de no haber sabido distinguir al delincuente nato del degenerado común; como si hubiera un degenerado-tipo con el cual pudieran confrontarse el epiléptico, el loco, el delincuente, y no fueran más bien éstos los degenerados que constituyen el edificio de la degeneración, cuyos pisos y secciones deben precisamente estudiarse en los individuos, recordando que, así como no hay locura sinó locos, como no hay delincuencia sinó delincuentes ó locos morales, así no existe la degeneración sinó degenerados que deben estudiarse para ser distinguidos entre sí y no distinguidos de un tipo abstracto, edificado en el aire, como dice *Tonnini*: un tipo sine-materia.

Así entendida la degeneración, que á *Morel* cupo la honra de sintetizar en una intuición genial, se conviene por todos los que se han ocupado con criterios positivos de la materia que ella puede revestir cuatro distintas modalidades.

Pero nó en un sentido absoluto, que por ser demasiado simplicista ó esquemático conduciría á la más evidente inexactitud, sinó en el sentido de que las formas aberrantes de la individualidad humana se agrupan de preferencia en torno de cuatro tipos que poseen caracteres genéticos y morfológicos tales que permiten su diferenciación. Y es así que puede hablarse con propiedad de «degeneraciones hereditarias», «degeneraciones adquiridas», «regresiones atávicas»—diferenciables en anacrónicas y anatópicas—y «monstruosidades», derivadas de un proceso de neogenesis ó paragenesis, que entran juntas con las monstruosidades atávicas en el campo de estudio de la teratología.

Es necesario pasar por sobre las disidencias entre las escuelas francesa, italiana y alemana, que dán al concepto de la degeneración distintas interpretaciones, aunque girando siempre en torno de la identidad fundamental del concepto, siguiendo las huellas luminosamente trazadas por *Morel*, *Lombroso* y *Krafft-Ebing*, respectivamente; el campo escabroso de esas desinteligencias polémicas merece ser investigado atentamente con más tiempo y mayor espacio.

Pero á nuestro objetivo del momento basta señalar que la locura y la criminalidad tienen su ubicación en el ramillete morbozo de las anomalías degenerativas. De la primera, gracias á las síntesis de los estudios de *Saury*, tenemos derecho á pensar que las relaciones entre hereditariad y locura no faltan casi nunca, pues si no existe predisposición el neurón es tan poco apto para crear un delirio como la tierra para producir sin semilla, al mismo tiempo que en su etiología es de regla encontrar los factores de la degeneración adquirida. De la criminalidad puede afirmarse otro tanto, sin temor de contradicción, máxime después de los trabajos demostrativos, debidos principalmente á la escuela italiana, que muestran los caracteres de la atipia atávica y de la degeneración hereditaria en los criminales del tipo congénito y de la degeneración adquirida en los restantes, de mayor ó menor grado á medida que se descende de los delincuentes por causa orgánica, congénita ó adquirida, á los habituales, ocasionales y por pasión.

El hecho de que en todos la degeneración no reviste caracteres somáticos y psíquicos igualmente manifestos, no puede de ninguna manera inducir á que se reserve á un núcleo reducido la calificación de degenerados, en lugar

de extenderla á casi todos aquellos que *Silvio Venturi* ha llamado, con sutil precisión, «los característicos de la sociedad»; esa pléyade de individuos que dolorosamente se agitan entre la neurastenia y las intoxicaciones profesionales, entre el alcoholismo y la insuficiente nutrición del organismo, es la vanguardia de los degenerados de las generaciones inmediatas, si una «viricultura» apropiada no devuelve la salud á sus organismos empobrecidos y fatalmente condenados á ser los disidentes perjudiciales del ambiente social en que viven.

Y si se reconocen en la locura y la criminalidad dos frondas maléficas del árbol de las degeneraciones humanas, ocurre pensar, lógicamente, que los alienados delincuentes son también retoños del mismo tronco patológico, pues si se les considera desde el punto de vista psiquiátrico aparecen como orgánicamente anormales á causa de su locura, y si desde el punto de vista criminalológico es evidente en ellos el predominio de la morbosidad orgánica sobre los factores externos, lo mismo que en los delincuentes natos ó locos morales.

III

El «delincuente loco» en el concepto de la criminalología

En el estudio de los delincuentes surge de una manera natural y espontánea la constitución de dos grandes grupos fundamentales, según que en la etiología del delito primen los factores internos ó los factores externos.

En los unos el delito es «principalmente» determinado por los factores antropológicos del delincuente, que se traducen bajo forma de anomalías fisio-psíquicas, congénitas ó adquiridas. En los otros el delito es «principalmente» determinado por causas ajenas al organismo, residentes en el ambiente cósmico y social en que vive el delincuente. Y en esta división fundamental, primera dicotomización en el cuadro de la clasificación de la escuela positiva italiana — por obra, en primer término, de *Enrique Ferri* — el consentimiento de los criminalistas de todas las escuelas es casi unánime.

Pero en cuanto la clasificación de la escuela positiva italiana — sin duda alguna la más aceptable, cómoda y racional — nos presenta al primer grupo de criminales, los orgánicos, subdividos en criminales por morbosidad congénita (epileptoides, locos morales, criminales-natos y psicosis congénitas) y por morbosidad adquirida (causas patológicas, psicosis adquiridas) la cla-

sificación resulta deficiente ante un detenido exámen realizado desde el punto de vista psico-antropológico, con prescindencia de todo criterio jurídico y penal. Y la figura del «delincuente loco» aparece desprovista de la unidad necesaria para que pueda constituir un tipo criminal.

En verdad no se explica como *Ferri* ha podido estudiar en un solo grupo, en su excelente obra sobre el homicidio, á todos los delincuentes locos; de esa fusión de los hereditarios con los adquiridos mal pueden sacarse conclusiones antropológicas que tengan fuerza científica, aplicables igualmente á los unos y á los otros. Los «locos delincuentes» hereditarios, degenerados congénitos, están más próximos del epileptoide, del loco moral y del criminal nato, que de los «locos delincuentes» por causa adquirida. ¿Y cómo podrían determinarse las fronteras entre los cuatro tipos de delincuentes congénitos? ¿Y, ahora que Lombroso sostiene, con poderosa argumentación, la identidad del epileptoide, el loco moral y el delincuente nato, cual será el criterio para señalar las diferencias entre el tipo delincuente resultante de esa fusión y el delincuente loco? ¿Y dónde clasificar al enfermo de locura epiléptica que suele ser, con frecuencia, un criminal impulsivo de los más peligrosos? ¿Basta acaso sostener como factor diferencial la existencia ó ausencia de alucinaciones ó ideas delirantes? Este criterio puede, en la práctica, ser suficiente para el criminalista; pero él no puede satisfacer al psiquiatra, al mismo tiempo que pone de relieve la insuficiencia de exactitud científica de la clasificación de *Ferri*. El congénito y el adquirido no pueden fundirse en un tipo único: en el primero la psique ha estado alterada desde el nacimiento, en el segundo la psique, primitivamente sana, se ha enfermado. Estos últimos son tan «locos delincuentes» como los otros y sin embargo no pueden unificarse en un mismo grupo. Los primeros realizan el delito por ausencia ó insuficiencia de los centros inhibidores, mientras que en los segundos es la resultante de la desviación de esa función de control, antes existente; y la ausencia ó insuficiencia de los primeros, que no existe en los segundos, es, en cambio, propia también de los delincuentes natos.

Por esos y otros motivos puede pensarse que el «delincuente loco» como tipo criminal responde bien á las necesidades prácticas de la clasificación criminalológica, de la medicina legal y del derecho penal, pero hasta ahora no es un tipo cuya unidad pueda ser científicamente sostenida, ni es posible diferenciarlo netamente de los otros criminales por anormalidad congénita.

IV

El «loco delincuente» en el concepto de la psiquiatría

El psiquiatra que se consagra á meditar sobre esta materia se aleja cada día más de la creencia de que entre los alienados comunes exista un grupo de individuos, caracterizados por modalidades comunes, que puedan considerarse como especialmente condenados al delito. No se encuentran «delincuentes locos» como tipos especiales, sinó alienados que por su delirio ó sus alucinaciones son arrastrados al delito.

No satisface, en manera alguna, al criterio del psiquiatra la división de los «delincuentes locos» fundada en las relaciones entre el delito y el delirio ó la alucinación. No se adelanta gran cosa al establecer que: 1º una parte de estos individuos delinque bajo el influjo directo de su anomalía psíquica, y ellos serían para muchos los únicos y verdaderos locos delincuentes; 2º los de otro grupo cometen su delito con prescindencia de sus trastornos psíquicos, y serían individuos locos y delincuentes á un mismo tiempo; 3º en los individuos restantes el delito es cometido anteriormente á la aparición de los trastornos de la psique, y serían simplemente criminales que enloquecen.

Ese criterio es falso porque se funda en la consumación del delito. Si desde el punto de vista jurídico no hay delincuente mientras no hay delito, para la psiquiatría criminal lo hay, latente, aunque el delito no haya sido cometido; tal el concepto exacto que surge de los principios de la escuela positiva que ha determinado la existencia de los factores orgánicos de la delincuencia. El criminal-nato es psíquica y orgánicamente un criminal nato aunque jamás haya delinquido; el juez puede esperar que cometa un delito para reprimirlo, pero el hombre de ciencia sabe que ese individuo es el mismo antes y después del delito y que éste no ha sido más que la resultante lógica y fatal de su morbosidad orgánica.

Es así que prescindiendo del delito cometido — cuya realización obedece, especialmente en los locos, á circunstancias fortuitas, ajenas al que delinque — el psiquiatra vé entre los alienados comunes algunos que son más ó menos peligrosos por la naturaleza de su locura ó de sus alucinaciones y delirios; en ellos la consumación del delito depende de las circunstancias del medio, que pueden facilitarles ó impedirles la realización de un delito cuya idea puede surgir en su mente en forma de obsesión ó ser la resultante inmediata de un impulso. Y ya se

verá más adelante como el concepto del «alienado peligroso» está destinado á primar sobre el del «alienado delincuente».

Prescindiendo pues de ese criterio cuya validez jurídica no es intrínseca sino resultante de la pésima orientación del derecho penal clásico, se tendrá que, haciendo abstracción de la realización del acto delictuoso y mirando solamente los factores orgánicos que determinan la etiología de la locura en sus relaciones con el delito, pueden presentarse, dentro de los criterios actuales, los cinco casos siguientes.

1º Un individuo puede tener su anormalidad principalmente localizada en la esfera de su inteligencia: es el loco.

2º Un individuo puede tener su anormalidad principalmente localizada en la esfera moral, de los sentimientos: es el delincuente.

3º Un individuo puede tener su anormalidad principalmente localizada en el orden intelectual y en el orden moral al mismo tiempo: es el loco y delincuente.

4º El que tiene su anormalidad principalmente en la esfera intelectual puede tener latente una morbosidad de la esfera moral ó puede la primera repercutir sobre la segunda, desequilibrándola: es el loco delincuente.

5º El que tiene su anormalidad principalmente en la esfera moral puede tener latente una morbosidad de la esfera intelectual ó puede la primera repercutir sobre la segunda, desequilibrándola: es el delincuente loco.

En los tres últimos de esos cinco casos posibles se observa cuán diferente puede ser la etiología orgánica del delito de esos individuos estudiados en criminalología como un grupo homogéneo y definido. Y aunque *Ferri*, en sus laboriosas estadísticas del homicidio, haya revelado que en los alienados delincuentes el número de caracteres degenerativos es mayor que en los alienados comunes, aproximándose al de los delincuentes natos, eso puede probar simplemente la presencia de muchos individuos que se encuentran en los grupos 3º y 5º y en quienes, por aquello de que las anomalías psíquicas suelen estar paralelamente acompañadas por anomalías morfológicas y funcionales del organismo, el número de estigmas siendo el mismo que el de los delincuentes determina la elevación del porcentaje total al mezclarse con los del grupo 4º.

Pero en este esbozo, que no responde á mas propósito que la demostración de la escasez de bases científicas para los estudios de psiquiatría

criminal, no cabe una más amplia dilucidación de las críticas que el psiquiatra puede formular contra el actual «loco delincuente» como tipo psicoantropológico especial.

Baste aquí solamente recordar que existe un grupo, inexplorado aún, de los impulsivos. Son, sin duda, miembros de la gran familia de la degeneración, que, dentro de los criterios actualmente en boga, constituyen una verdadera traba á toda clasificación. Pueden no tener anormalidad de la esfera intelectual ni de la esfera moral y, en cambio, tienen siempre anuladas sus facultades de inhibición; su conciencia ha perdido todo dominio sobre los actos que se operan por vía puramente refleja, su emotividad se traduce en acciones y reacciones sin freno: son los criminales por defecto orgánico del sistema volitivo.

Su existencia con caracteres propios, á estudiarse, llenaría una gran laguna en la clasificación de los criminales, pues permitiría ensayar una nueva clasificación psiquiátrica cuyos criterios serían, esquemáticamente, los siguientes, pareciendo responder á las necesidades de la clasificación de los delincuentes por causas orgánicas; sin olvidar que junto á los factores antropológicos están los cósmicos y sociales, igualmente importantes en la etiología del delito.

V

Elementos para una nueva clasificación psiquiátrica de los criminales

El individuo arrastrado al delito por una anormalidad de su psique pertenece á la familia de los degenerados.

Su degeneración puede ser hereditaria ó adquirida, ó bien la segunda forma puede sumarse á la primera intensificándola.

La psicopatía puede revestir tres formas principales, según que los caracteres patológicos se revelen principalmente en el dominio de las funciones morales, intelectuales ó volitivas.

1º *Individuos arrastrados al delito por una anomalía en su esfera moral*; ella puede ser congénita (Delincuentes natos ó locos morales, de *Ferri*) ó adquirida (Delincuente habitual).

2º *Individuos arrastrados al delito por una anomalía en su esfera intelectual*; congénita (delincuentes por locuras congénitas) ó adquirida (delincuentes por locuras tóxicas, obsesión política, etc.)

3º *Individuos arrastrados al delito por una anomalía en su esfera volitiva*; congénita

(delinquentes impulsivos congénitos) ó adquirida (delinquentes de ocasión).

Como corolario de este esquema de clasificación es necesario insistir en que no es una clasificación de las causas del delito, sino solamente de los factores orgánicos de los delinquentes, que se asocian á los cósmicos y sociales, igualmente importantes, para producir el fenómeno de la delincuencia; además no debe olvidarse que no se podría pretender determinar esos tres tipos como absolutos; ellos se anastomosan siempre. Los delinquentes del primer grupo son «principalmente» enfermos morales, pero esa morbosidad se extiende, ó repercute siempre, en menor grado, sobre la inteligencia y la voluntad; exactamente lo mismo dígase de los otros dos grupos: el loco puede tener morbosa su moralidad y su voluntad; el impulsivo puede ser un enfermo moral ó intelectual. Además, lejos de considerar como frecuentes los individuos típicos de uno ú otro grupo, debe considerarse que lo frecuente es la asociación de sus caracteres en un mismo individuo: no hay enfermedades de la psique sino enfermos de la psique; un mismo delincuente puede ser anormal en su moralidad y en su inteligencia, en su moralidad y en su voluntad, en su inteligencia y su voluntad, y hasta tener estigmatizadas, á un mismo tiempo, por la degeneración de las tres funciones fundamentales de la psique.

No es aquí donde corresponde objetar que la nueva corriente psicológica tiende á un concepto esencialmente unitario del fenómeno psíquico; hasta ahora la tripartición de los fenómenos de la conciencia es la guía que mejor orienta en el estudio de la vida psíquica y psicopática.

El criterio psiquiátrico esquematizado en esa forma rudimentaria y no bien definida, podrá ser, acaso, en el porvenir, la base de una clasificación científica de los delinquentes partiendo del estudio del génesis psicopático del delito; una exposición más completa y más definida del tema es, sin duda, necesaria para que la discusión científica—que siempre debe esperarse serena y elevada—confirme ó destruya el valor objetivo de esa nueva manera de encarar la clasificación de los delinquentes.

Mientras tanto lo que se sabe es que no se expresa nada concreto, psiquiátricamente, cuando se dice «locos delinquentes» ó «delinquentes locos», aunque para las necesidades de la práctica, en derecho penal y en medicina legal, eso signifique, satisfactoriamente, que se trata de individuos delinquentes que no están en el pleno goce de sus facultades mentales.

VI

El «loco delincuente» ante el criterio de la responsabilidad

Archivadas definitivamente en el museo de arqueología filosófica las inocentes incongruencias del libre albedrío, en que durante tantos años pastaran los fabricantes de psicologías metafísicas, alucinados por el mirage agradablemente engañoso de la libertad moral, la cuestión de la responsabilidad penal de los alienados está destinada á desaparecer ante el desarrollo progresivo de la moderna psicología científica. Y acaso ya no existiera si el derecho penal clásico no cimentara todas sus aplicaciones penales en ese falso concepto de la responsabilidad, que el tiempo se encargará de sustituir por el de la temibilidad del delincuente como determinante de una reacción defensiva por parte de la sociedad.

Cuando murió *Paul Verlaine*, el inventor del «pecado radioso», el artista *Ruben Darío* con su fina penetración de espíritu ilustrado, terminó el artículo necrológico con estos conceptos de piadosa disculpa que encerraban toda una conclusión científica sobre lo que un psiquiatra estudiaría como el «caso Verlaine»; terminó diciendo en son de piadosa disculpa: «no era mala, estaba enferma, su animula, blandula, vagula... Dios la haya acogido en el cielo como en un hospital». Y *Ruben Darío* al escribir esas líneas demostraba mayor clarividencia científica que todos los penalistas clásicos nutridos con la insípida alfalfa del libre albedrío. Sí; el «pauvre Lelian», el alabado autor de «Sagesse», muerto en el hospital después de haber arrastrado una vida trágica en medio de las terroríficas alucinaciones del alcohol, no pecaba por maldad, no era un perverso, «estaba enfermo», y su destino no podía ser otro: «Dios lo haya acogido en el cielo como en un hospital».

Ante la psicología científica nadie es responsable de sus actos; ni el hombre sano, ni el alienado, ni el criminal, ni el alienado-criminal; ni nadie. La psico-fisiología experimental conduce á la negación en el hombre de todo poder de libre voluntad para deliberar prescindiendo de la acción natural é inevitable de las causas físicas, fisiológicas y psíquicas que actúan constantemente sobre el individuo, haciendo que la deliberación de éste no sea nada más y nada menos que la resultante de aquellas componentes, y que, dadas éstas, no puede ser otra de la que es. Tal la concepción determinista, menos halagadora para la vanidad de los espíritus dé-

biles, pero vigorosamente cimentada en las nociones científicas adquiridas diariamente por la observación y la experimentación.

Es de acuerdo con estos criterios de la escuela positiva que la pena, afeada por la idea de venganza ó de castigo, deberá ceder su terreno al derecho de defensa social, manifestación en la vida superorgánica de esa fuerza biológica, ya existente en los organismos más inferiores, que tiende á aislar, segregar ó eliminar de su seno todo aquello que puede dificultar ó poner en peligro la existencia de la propia individualidad orgánica. Así como la amiba elimina la partícula inorgánica que ha envuelto creyéndola, erróneamente, alimenticia, de igual manera la sociedad, trata de eliminar todos aquellos elementos que considera perjudiciales á su desenvolvimiento.

Es así que mientras las cuestiones de responsabilidad, irresponsabilidad total, irresponsabilidad atenuada, irresponsabilidad parcial, seguirán constituyendo el eje en cuyo rededor girará el chicaneo curial de los abogados, para los psiquiatras y antropólogos criminalistas la cuestión deberá plantearse, sencillamente, en el terreno de la temibilidad del delincuente.

Y, entonces, surge esta cuestión, en nuestro entender fundamental: desde el punto de vista científico tendente al buen desempeño de la función defensiva de la sociedad, *no existen locos delincuentes y locos no delincuentes, sinó locos peligrosos y locos no peligrosos*, siendo éste el único criterio que debe dar la medida de la reacción social contra el loco que comete un delito.

Un loco puede no haber delinquido, por habérselo impedido una reclusión á tiempo, y ser, sin embargo, peligrosísimo; otro puede haber delinquido bajo la influencia de un delirio ya curado y ser ahora, sin embargo, un sujeto absolutamente inofensivo, laborioso, útil. Para los juristas éste es un «delincuente loco» que debe permanecer encerrado rigurosamente con ese carácter; mientras que el primero no merece mayor severidad que la camisa de fuerza ó la celda en un manicomio común. Ese criterio es absolutamente falso.

El psiquiatra criminalista que quiere ser consecuente con las modernas ideas de la escuela positiva dirá que el loco que ha delinquido bajo la influencia de su delirio, deberá ser inmediatamente puesto en libertad si curando de la causa de su delito pudiese volver á ser un individuo laborioso é inofensivo; mientras que el

primero aunque jamás haya delinquido, debe ser rigurosamente aislado, para siempre, á fin de evitar que sus malas tendencias se traduzcan en actos antisociales.

La ley es, pues, actualmente, la negación del criterio científico; el chicaneo curial y el estudio psicoantropológico están en flagrante oposición: de allí que los juristas clamen contra las nuevas tendencias científicas acusándolas de ser defensoras de los criminales, pretendiendo erróneamente que la escuela positiva al negar la responsabilidad de un delincuente determinaría que fuera puesto en libertad. Sin embargo nada más contrario á lo que piensa á ese respecto la escuela positiva: una vez sustituido el criterio de la defensa social al criterio de la responsabilidad, *todos* los delincuentes serán tratados de conformidad con el temor que su anomalía inspire: con simples medios represivos si son susceptibles de ser sustraídos al delito; con medios eliminativos si las causas orgánicas son las principales determinantes del delito. Ya veremos cuales son las formas en que mejor debe realizarse la eliminación de los alienados delincuentes, de conformidad con el criterio de que cada grupo de delincuentes es susceptible de un tratamiento especial, determinado en armonía con las condiciones genéticas de sus delitos.

Lo que aún queda por realizar es la sustitución del falso criterio jurídico presente de la responsabilidad por el criterio científico de la necesidad de la defensa social contra esos individuos peligrosos, siendo evidente que no es la ciencia la que debe doblegarse á los caprichos de la ley sino ésta la que debe someterse á los dictados de aquélla; máxime cuando la ley no solamente es mala, sinó también perjudicial. ¿Es más lógico, decía *Lombroso* en una interesante polémica, que las leyes se acomoden á los hechos, ó que los hechos deban acomodarse á las leyes?

Y todo está aún por hacerse desde este punto de vista.

VII

El «loco delincuente» ante el criterio de la defensa social

Ante los gravísimos defectos técnicos y prácticos del viejo edificio criminalológico, dice *Lombroso* en la reciente edición de su tratado de medicina legal — 2ª. Ed. Turín, 1900, pág. 194—la Escuela Positiva criminal ha formulado proposiciones concretas de medidas curativas

del delito correspondientes á los resultados de los estudios de antropología criminal. Ella, reconociendo el delito como un fenómeno morboso estrictamente relacionado con la organización individual, abandona la pena, que conserva todavía los rastros de la antigua venganza, cruel é ineficaz, y en cambio intenta la enmienda del individuo cuando fuera posible, el resarcimiento de los perjuicios por él causados, y en todos los otros casos trata simplemente de *defender* á la sociedad de estos elementos perturbadores. La *defensa social* es pues la base racional de un sistema punitivo, positivo y científico, exclusivamente proporcionado á la temibilidad del delincuente.

Procediendo de esa manera la nueva escuela no cede á un estéril prurito de innovación, como ya ha observado *De Mattos*. Ha demostrado *Ferri* que la idea de la defensa colectiva como justificación de las penas, aunque enmascarada durante largo tiempo por las especulaciones de los filósofos y de los juristas, se ha conservado siempre claramente en la conciencia popular. La persistencia de la frase «combatir contra el delito», usada aún por los mismos correccionistas, ocupados sentimentalmente en la tarea de acortar la extensión de la pena, confirma las palabras de *Ferri* que la sociedad lesionada en sus intereses reacciona contra la agresión, venga de donde viniere.

Esa reacción es constituida por los medios de la defensa colectiva, que pueden pertenecer al orden profiláctico ó al penal. Son reductibles á cuatro grupos:

1º. Los medios preventivos, destinados á evitar todas las causas que pudieran determinar la exteriorización de las tendencias morbosas al delito; son los «sustitutivos penales» de *Ferri*.

2º. Los medios reparadores, destinados á la indemnización de las víctimas del delito y á la disminución de las fuertes cargas que implica para el Estado la lucha contra el delito.

3º. Los medios represivos, penas variables en cada caso según las condiciones del delincuente, la edad, el sexo, la profesión, el sistema de vida, etc.

4º. Los medios eliminadores, destinados á impedir la recidiva: pena de muerte, deportación, reclusión perpetua apropiada á las condiciones especiales del criminal.

Para los «delincuentes locos» las medidas preventivas son las mismas que para los delincuentes en general; y de eficacia exactamente análoga. Los medios reparadores y los repre-

sivos están en iguales condiciones, no olvidando que á la clásica «dosimetría» de la pena (á tanto delito tanta pena) debe sustituirse la «individualización» de la pena según el grado de temibilidad de cada delincuente.

Los *medios eliminadores* son los que merecen llamar principalmente la atención en el tratamiento de los alienados delincuentes, por cuanto se trata de individuos sumamente temibles, por lo general, que necesitan ser eliminados siendo doblemente peligrosos, por su carácter de locos además que por condición de delincuentes.

Sin entrar aquí en polémicas sobre la aplicación de la pena de muerte—no tan solo á los delincuentes irremediables, como quisiera *Lombroso* y otros, sinó á todos los degenerados destinados á ser perpetuamente antisociales—que todos los positivistas reconocen justa, aunque muchos, con *Ferri*, no la creen oportuna por la imposibilidad práctica de aplicarla en las vastas proporciones en que sería necesaria y, por la posibilidad de sustituirla con la reclusión perpetua ó la deportación, será más útil entrar de lleno á analizar los otros medios eliminativos.

Los «locos delincuentes» han motivado, en todo tiempo, las más ardientes polémicas, cada vez que se ha tratado de determinar las condiciones en que debían ser eliminados del seno de la sociedad. Sin embargo los diversos criterios que están en pugna concuerdan en admitir este hecho fundamental: el alienado que ha cometido un delito debe ser considerado como un enfermo peligroso y nó como un culpable; criterio que tiende á prevalecer desde mediados de este siglo, á partir de las leyes que regularizaron la admisión de estos sujetos en los manicomios criminales instituidos en Dundrum (1850), Perth (1858) y Broadmoor (1863) para los locos delincuentes de Irlanda, Escocia é Inglaterra respectivamente.

En nuestro concepto ese criterio, con el tiempo, deberá ser extendido á todos los individuos que por una morbosidad cualquiera de su psique, en la esfera moral, en la intelectual ó en la volitiva, son arrastrados al abismo de la delincuencia. Todos ellos son igualmente irresponsables; tienen tanta culpabilidad de su delito como el leproso de su lepra, el varioloso de su viruela, el pestoso de su peste, el tuberculoso de su tuberculosis; y, seguramente, el peligro social que entrañan no es mayor que el de cualquiera de estos otros enfermos que en mayor proporción que él esparcen la muerte en torno suyo.

Dos son las indicaciones que deben tenerse

en cuenta para poder determinar cual es la forma de eliminación que presenta mayores ventajas: 1º el alienado delincuente es un enfermo y como tal debe ser sometido á un tratamiento curativo; 2º el alienado delincuente es un individuo peligroso para la sociedad y ésta tiene, por consiguiente, el derecho de defenderse poniéndole en condiciones tales que no le permitan ejercer sus tendencias mórbidas.

Conste que usamos por comodidad el nombre de «locos delincuentes»; insistimos en que el psiquiatra criminalista para dirigir su tratamiento y eliminación no tiene ante sí más que locos peligrosos y locos que no lo son; luego lo que se diga aquí de los «locos delincuentes» entiéndase que debe referirse á los locos peligrosos.

Dentro de las dos indicaciones á que debe responder la eliminación de estos individuos, la deportación en territorios salvajes es absolutamente imposible; dá la seguridad social pero no ofrece recursos de tratamiento curativo.

El único medio eliminativo utilizable en la práctica es la reclusión. De antemano debe establecerse que en estos enfermos la eliminación no debe ser siempre perpétua; hay estados psicopáticos sumamente peligrosos y, al mismo tiempo, sumamente curables: curada la psicopatía termina el peligro social y es lógico que el individuo pueda volver al seno de la sociedad, sin que ésto excluya cierto derecho á una vigilancia que garantice la persistencia de la inofensividad del curado.

La eliminación mediante el sistema de las reclusiones puede revestir tres formas, que se disputan el primado en el terreno de la polémica y en el de la práctica.

La primera forma consiste en mantener á estos enfermos en secciones especiales de las cárceles; verdaderas enfermerías donde los «locos delincuentes» seguirían siendo presos disfrazados de enfermos. La segunda consiste en la creación de manicomios criminales, establecimientos especiales que ofrecerían todas las comodidades de un manicomio, para el tratamiento, y todas las garantías de una cárcel, para la seguridad social. La tercera forma parte del principio que el alienado es simplemente un alienado y que debe ser tratado lo mismo que los que no han delinquido en los manicomios comunes.

La primera forma es, evidentemente, la menos progresista de las tres; sin embargo debe reconocerse que es el primer paso hacia la humanización del tratamiento de estos enfermos; y tan es así que donde no es posible la adopción

de las dos formas siguientes es de desear y esperar que estos sujetos sean separados de los criminales comunes y tratados en secciones especiales que sirvan de enfermerías al mismo tiempo que de prisión. Peor es nada.

En cuanto á los manicomios criminales y á los manicomios comunes, parece que en ésto, como en todas las cosas humanas, la pasión ha desviado, más de una vez, á los psiquiatras y á los criminalistas del verdadero camino á seguir. Sin entrar á discutir las exageraciones de *Ferri*, *Lombroso* y los positivistas italianos en defensa del manicomio criminal, ni las de *Mendel*, *Falret* y sus secuaces de Francia en favor de la reclusión en manicomios comunes, puede señalarse someramente cual es el buen término medio, que llena las ventajas del uno y del otro sistema, evitando la mayor parte de sus inconvenientes. Debe recordarse, de paso, que *Falret* está aún embebido de los prejuicios de la escuela criminal clásica cuando considera monstruoso agregar el calificativo de delincuente á un alienado, considerando que la locura es una enfermedad, una desgracia, mientras que el delito es una perversidad, una culpa del libre albedrío. «Nó, dice *Ferri*: así como ha un siglo se admitió, en contra de las opiniones medioevales, que la locura no depende de nuestra «simple voluntad», así ahora es necesario reconocer que tampoco el delito depende de ella. Delito y locura son dos desgracias: tratemos á ambas sin rencor, pero defendámonos de ambas». Y queda, con ésto, para otra oportunidad y para otro sitio el estudio y la discusión detenida de este interesantísimo debate.

Es necesario llevar, primeramente, la cuestión á su verdadero terreno: la temibilidad del alienado delincuente y su necesidad de tratamiento médico. Y puede sentarse, sin temor de ser contradichos, este principio general: Grado de aislamiento proporcional al peligro del enfermo y tratamiento curativo apropiado, obtenidos mediante el menor gasto de energías sociales bajo forma de beneficencia.

El manicomio criminal dá, sin duda, mayores facilidades para aislar á estos individuos peligrosos; en cambio el manicomio común ofrece mayores ventajas, especialmente morales, para el tratamiento. El sistema ideal consiste en reunir las ventajas del uno á las del otro; lo que puede obtenerse construyendo secciones especiales para el tratamiento de estos sujetos en los manicomios comunes. En último análisis ésto equivale á construir un manicomio criminal dentro

del manicomio común; pues la sección especial ofrece toda la seguridad de aquél, usufructuando al mismo tiempo de las ventajas de éste para el tratamiento. En cuanto á la tercera condición: economía, es evidente que una sección especial agregada á la administración de un manicomio común debe costar muchísimo menos que un establecimiento especial con administración y funcionamientos propios que implicarían un gasto enorme de las fuerzas sociales consagradas á la beneficencia y la solidaridad social; además no puede olvidarse, entre las ventajas, que la sección especial hace cómodo el traslado, por simple indicación clínica, de los asilados en ella al manicomio común y vice-versa, toda vez que dejan de ser peligrosos ó comienzan á serlo; mientras que instalados en establecimientos diferentes el traslado requeriría una cantidad de trámites administrativos incómodos y perjudiciales á la salud de estos desgraciados.

Finalmente hay una gran ventaja moral en la institución de las secciones especiales sobre la de los manicomos criminales; en estos últimos la internación ó libertación dependería casi siempre exclusivamente de la justicia, ó, por lo menos, ella tendría intervención en todo cambio en la situación del «loco delincuente»; mientras que en la sección especial del asilo común son—ó por lo menos deberán ser—los psiquiatras los únicos encargados de determinar la entrada ó salida, teniendo en cuenta el estado del enfermo y su grado de temibilidad.

Y si no fuera más que por este triunfo de la ciencia positiva sobre el misoneísmo de las legislaciones, siempre tardías en adaptarse á las nuevas conquistas científicas, todos los que con amor é interés dedican su actividad á las investigaciones psiquiátricas y antropológicas debieran propender á que en todas partes se traduzca en realidad el sistema que ofrece las evidentes ventajas de seguridad del manicomio criminal dentro de las ventajas para el tratamiento que proporciona el manicomio común: *la sección especial para «locos delincuentes» dentro del manicomio general.*

Aún estando exentos de toda vanidad patriótica, pues la ciencia y el trabajo no reconocen fronteras, no es posible dejar de experimentar cierta satisfacción al constatar dos hechos que honran altamente el naciente movimiento científico argentino.

Al Dr. Domingo Cabred, profesor de psiquiatría de la Universidad de Buenos Aires, le ha cabido el honor de hacerse intérprete de esos

criterios científicos, en el Congreso Internacional de Antropología Criminal celebrado en Ginebra en 1896, donde representó á la República Argentina, siendo designado como uno de los presidentes de honor del mismo. El Dr. Cabred después de haber visitado las secciones de las penitenciarias europeas en que estos desgraciados permanecían en una situación dolorosamente inhumana, propuso al Congreso que emitiera el voto de que los alienados delincuentes fuesen asistidos en secciones especiales de los asilos generales y nó en sección especial de las cárceles; este voto fué aprobado casi unánimemente.

Sin embargo las iniciativas carecen de verdadero valor social si no consiguen traducirse en hechos; para lo cual se requiere, principalmente, que la inteligencia esté escudada por una decidida voluntad de realizar la idea que se considera benéfica. Es en este terreno que la acción del distinguido profesor argentino ha sido más práctica y eficaz, pues sus esfuerzos han sido coronados por la fundación de un departamento especial para alienados delincuentes en el Hospicio de las Mercedes, de que es director, siendo el primero de esta índole inaugurado en Sud América. Su organización y su funcionamiento constituyen el objeto de la segunda parte de estas observaciones generales (1).

VIII

Condiciones y proporciones que debe llenar una dilucidación completa de la psiquiatría criminal

Las consideraciones que preceden, á pesar de no estar sistemáticamente coordinadas y de no tener el desarrollo necesario á una exacta dilucidación científica, bastan para autorizar esta conclusión: el estudio de los locos que delinquen está todavía por hacerse.

¿Cuáles deben ser las proporciones y las fases que puede revestir el desarrollo de tan importante problema? A ésta pregunta podría responderse como sigue.

Un primer estudio debe establecer las relaciones entre la locura y la criminalidad ante el concepto de la degeneración, analizando ésta última según los criterios de las diversas escuelas, italiana, francesa y alemana.

Se impone luego una clasificación de los delincuentes que asigne un sitio bien definido á los delincuentes locos, que establezca sus rela-

(1) Véase el próximo número de CRIMINALOGIA MODERNA en el que aparecerá la segunda parte de este trabajo, ilustrada con numerosos grabados.

ciones con los demás delincuentes y permita la subdivisión de los principalmente congénitos y los principalmente adquiridos.

A continuación el estudio de la etiología, comprendiendo el de las causas relativas al ambiente cósmico, las relativas al ambiente social y, por fin, al ambiente individual.

Este último grupo de factores genéticos merece especial interés. Después del estudio de la herencia—ascendente y descendente—se impone el análisis prolijo de los elementos somáticos degenerativos, los elementos fisio-patológicos y los elementos psicopáticos.

Los primeros—somáticos degenerativos—deberán presentar un amplio cuadro que abarque los caracteres morfológicos generales, los caracteres antropológicos y los caracteres morfológicos especiales.

Los segundos—fisiopatológicos—comprenderán el estudio de los fenómenos de nutrición, de reproducción, de inervación trofomotoria, de reflectividad nerviosa, de reflectividad sensorial, cutánea y muscular, de la vida de relación en sus órdenes sensitivo y motor, de la sensibilidad interna, etc.

Los últimos—psicopáticos—enseñarán las modificaciones del aspecto, lenguaje, conducta é instintos; las alteraciones de la conciencia y las anomalías de la inteligencia, los sentimientos y la voluntad.

Ese estudio completo será el único que autorice verdaderas conclusiones psicoantropológicas; será necesario completarlas con el estudio del delito en los locos, que deberá comprender su etiología, obsedante ó impulsiva, la actitud del individuo antes, durante y después del delito, las recidivas en su relación con las formas psicopáticas. Aquí tendrá cabida el estudio de las formas del delito en cada forma de locura.

El estudio de la responsabilidad tratará de fijar las bases del determinismo evolucionista como orientación del pensamiento científico contemporáneo y la consiguiente negación del libre albedrío y de la responsabilidad humana, sustituyéndole el criterio de la defensa social y de la temibilidad del delincuente.

Un último capítulo debe destinarse á ilustrar las cuestiones relativas al tratamiento de estos sujetos, que, con los nuevos criterios, deberán considerarse como locos peligrosos, como enfermos temibles. Y será menester determinar las bases de la terapéutica futura dentro de las mejores condiciones de aislamiento, para aquellos

casos en que una profilaxia científicamente organizada no consiga evitar que los factores cósmicos y sociales determinen el estallido de una hereditariedad morbosa y antisocial.

Tales, en un vago esbozo general, las condiciones y las proporciones de un estudio serenamente positivo de estos anómalos de la psique. Al realizarlo se habrá escrito, por primera vez, ese vasto capítulo de la ciencia positiva: la psiquiatría criminal.

JOSÉ INGEGNIEROS.

(En el próximo número el segundo estudio complementario).

El factor económico

en la producción del delito

El rasgo más característico de la vida actual, es la actividad,—ha dicho el Dr. Piñero;—una actividad sorprendente, poderosísima que se traduce en incremento de bienestar, de riqueza, de energía, de recursos y medios para combatir en la lucha sin tregua por la existencia, de luz, de ciencias, de bellas artes. La multiplicidad y la extensión de los objetos á los cuales las sociedades y el hombre aplican sus fuerzas, son tales, que maravilla considerar el número enorme de elementos que constituyen la trama de la civilización.—Pero, el movimiento asombroso, el progreso real que se palpa en diversos sentidos ¿se ha observado en todo y en todas las condiciones de la humanidad? al incremento de su actividad benéfica ¿no ha correspondido también un aumento de su actividad destructora—del vicio, de la miseria, del suicidio, de la criminalidad...? ¿No se han agravado al mismo tiempo los estados dolorosos de la sociedad y la triste situación de las clases inferiores? (1)—

Es un principio de economía política que las necesidades no constituyen una cantidad fija é inmutable, sino que son expansivas por naturaleza. Este es un fenómeno que se observa en las diversas condiciones del individuo y en las diferentes épocas de los pueblos. De aquí este otro principio: cada grado de civilización tiene nuevas necesidades que acrecientan y modifican las ya existentes.

Nuestra generación actual, pues, experimenta necesidades que fueron desconocidas por las

(1) NORBERTO PIÑERO.—*Problema de Criminalidad*.—Buenos Aires 1888.

que nos precedieron. Las necesidades que en sus orígenes fueron de las más caprichosas, han llegado, en nuestros días, á extenderse y á radicarse en la naturaleza humana. — Es que la civilización ha hecho progresos enormes, en el campo de la materia, desde la época aquella en que nuestros antepasados más cercanos podían conducir, con tan poco costo, una existencia cómoda, económica y hasta al mismo tiempo patriarcal. — La pobreza y la sobriedad de los republicanos de Esparta: esas dos grandes virtudes de la edad pagana proclamadas por la Francia revolucionaria como dignas de imitación, han desaparecido del escenario de nuestro siglo; y lo que fué un lujo, un superfluo de ayer, se ha convertido en una imprescindible necesidad de hoy.

Y es precisamente esta multiplicación de las necesidades una de las más funestas consecuencias contraria á todo orden social. La fiebre inmoderada de los deseos llevados al extremo en todos sus excesos, trascendiendo, por la imitación y el ejemplo, de las capas superiores á las más bajas, ha producido, á nuestro modo de ver, una verdadera degeneración social en este último cuarto de siglo. — No ha de escapar á la penetración de ninguno, ha dicho un distinguido sociólogo (1), el efecto desastroso de esta tendencia con relación á la moralidad pública. Los gastos excesivos á que conduce, dan lugar á una infinidad de indelicadezas, de inmoralidades, de faltas y hasta de crímenes horribles y vergonzosos. La prostitución, el adulterio no pocas veces consentido y estimulado por el marido, las quiebras fraudulentas, las falsedades de toda especie, no tienen en gran número de ocasiones otro motivo que el deseo de satisfacer esa forma especial de la vanidad humana que se traduce en el amor al lujo, á la *toilette*, á las exhibiciones aparatosas y deslumbrantes. — Bien dijo Séneca: *si quem volueris esse divitem, non est quod augeas divitias, sed minuas cupiditates*: Si quieres ser rico, disminuye tus deseos en vez de aumentar tus riquezas.

Pero, la simple expansión de las necesidades, como bien se ha repetido, y se repite á menudo por no pocos economistas, — que no es el caso citar pue todos ó la mayoría de ellos comparten al respecto las mismas ideas — no es un mal; su multiplicación indefinida no es el fin sino la condición del progreso. El mal, dice uno de ellos (2), resulta de la dirección viciosa que se dá á las necesidades cuando la concien-

cia y la voluntad no las regulan. Es indispensable mantener una subordinación normal; que los bienes materiales no se persigan con ardor inmoderado como un objetivo sino como un medio de perfeccionamiento; que el *sentimiento altruista de la solidaridad* sea cada vez mayor, pues, si es natural y justo que cada cual desee su bienestar, es noble que al mismo tiempo procure el de los demás. — Precisamente todo lo contrario de lo que sucede en los momentos actuales de nuestra civilización.

*
* *

Que las dificultades para combatir la lucha por la existencia son, en nuestros días, cada vez mayores, es un hecho que no escapa ni á las penetraciones más vulgares. Y ya lo hemos dicho (1): el progreso ha multiplicado prodigiosamente las comodidades del hombre y nos ha traído, con ello, la desigualdad de condiciones; ha desarrollado la riqueza mueble y dado valor á los bienes de todo género, y ha multiplicado los estímulos para delinquir; ha multiplicado las necesidades del hombre y ha originado, con ello, las dificultades de la subsistencia: nos ha traído la miseria; esa miseria moderna, genuinamente moderna, propia y exclusiva de nuestros días, que, no solo flota en el ambiente del más mezquino de los tugurios, sino que se arrastra, toca todas las puertas en la escala social y llega, con el nombre sugestivo de *miseria dorada*, hasta á perturbar la tranquilidad de los moradores de las más suntuosas de las viviendas: — Breve: esa miseria que tan bien la siente el que se halla en el último peldaño, como el que se halla en el primero y que para mantenerse en él, le es necesario sacrificar la propia tranquilidad, agotar su organismo, y cuando no se tiene la suficiente entereza de espíritu capaz de sobreponerse á las circunstancias del momento y á las malsanas influencias del ambiente exterior, recurrir al sacrificio del honor y por consiguiente llegar hasta el delito.

He aquí porque la influencia de este gran factor económico, es de las más decisivas en la producción del fenómeno criminoso. Influye sobre las clases ínfimas, por que las necesidades de los medios de vida no satisfechas, empujan al delito — cuando no se es asalariado, en esta clase, no queda otro remedio que ser mendigo ó ladrón. — Influye sobre las clases superiores, porque cuando los medios no alcanzan á cubrir las necesidades á que se estaba acostumbrado, se hace necesario recurrir á artificios ilícitos é ilegales, cuando los lícitos y los

(1) ANTONIO DELLEPIANE. — *Las causas del delito*. — Buenos Aires 1892.

(2) FÉLIX MARTÍN Y HERRERA. — *Lecciones de Economía Política*. — Buenos Aires 1896.

(1) Nos referimos á lo que dijimos en nuestro artículo: *Civilización y Delito*, aparecido no hace mucho en las columnas de esta misma Revista.

legales no alcanzan á satisfacerlas; sucediendo á veces — y esto sucede á menudo — que cuando no se recurre á los primeros, en vez del delito, aparece la locura, cuando nó el suicidio, por un puro mal entendido sentimiento de honor. — Sólo Garófalo, prendido por completo á la burguesía, ha podido dar una apreciación insignificante á este factor del delito, especialmente por lo que respecta al proletariado, llegando á las falsas cuanto erróneas conclusiones de que, el orden económico actual no es una de las causas de criminalidad en general; que la condición económica del proletariado no ejerce ninguna influencia sobre la delincuencia; que en el estado de civilización que nos encontramos, aparte los momentos de crisis, casi todos los hombres de buena voluntad encuentran trabajo y que si tienen la desgracia de no encontrarlo, casi siempre habrá á su alrededor una mano bienhechora que se le tienda; y por fin que la inmensa mayoría de la clase obrera, más que del aguión del hambre, sufre por la imposibilidad en que se halla de proporcionarse los placeres de que ve gozar á los favorecidos de la fortuna... (1); — á lo que se podría contestar con Colajanni: que el preclaro magistrado napolitano recurra á los hechos para sostener su tesis, y los hechos le dirán si es verdadera ó errónea; si nos hallamos de frente á un prejuicio universal compartido por el vulgo y las gentes ilustradas, ó si es él solo el que ha caído en el más profundo de los errores (2).

Enrique Georges, en su libro *Progreso y Pobreza* ha escrito estas desolantes palabras, cuya explicación, por más paradójales que parezcan, cree haber dado: — «La asociación de la pobreza con el progreso — cuya ley investiga — es el grande enigma de nuestros tiempos. Es el hecho central de donde surgen las dificultades industriales, sociales y políticas que embrazan el mundo y contra las cuales luchan en vano, la política, la filantropía y la educación. Es el que pone nubes en el porvenir de las sociedades más progresivas y que más confían en sí mismas. Es el enigma que siente á nuestra civilización la esfinge del destino: no responder á él, es ser destruido. En tanto que el acrecentamiento de la riqueza que produce el progreso moderno, no sirva sino para edificar grandes fortunas, para aumentar el lujo, para hacer más triste el contraste entre la casa del Haber y la casa de la Necesidad, el progreso no será real, ni podrá durar. La reacción debe venir. La torre oscila sobre sus cimientos; cada piso que se le añada no hará más

que apresurar la aproximación de la catástrofe final».

No pretendemos discutir las doctrinas ni las soluciones que nos presenta Georges, por cuanto creemos no ser necesario acordar á este factor económico una importancia *tan exclusiva* como así lo pretenden no pocos sociólogos socialistas y del que se valen para demostrar de, este modo, la injusticia de la actual organización de la sociedad y la conveniencia de una nueva organización social diferente; — pero si, es el caso de preguntarse, de si el asombroso progreso que constatamos en todas las manifestaciones de la actividad humana, es verdaderamente real ó ficticio; de si han mejorado las condiciones de la humanidad ó es una de las tantas mentiras convencionales de nuestra civilización de que nos habla Max Nordau.

Hay sin embargo un hecho verdaderamente sugestivo que flota en el ambiente de nuestro fin de siglo, cuya explicación es enigmática por más exotérico que sea: que la humanidad está descontenta, inquieta, agitada cual nunca estuvo. Bien dice el autor citado que el mundo civilizado no es más que una inmensa y repleta sala de enfermos que llenan los espacios con sus dolorosos ayes y se retuercen presa de todo genero de sufrimientos. Id de país en país y preguntad de puerta en puerta: ¿el contento habita aquí? ¿os hallais tranquilos y dichosos? — Invariablemente se os contestará: —buscad más lejos, no tenemos eso de que nos hablas — (1).

*
*
*

No es el caso de preguntarnos cuál es el fondo de verdad que encierran estas palabras; pero, ¿es cierto que á nuestro país, nos referimos á la Argentina, — con sus extensos y dilatados territorios, enriquecido por la naturaleza con todos los dones que puede ambicionar el hombre — no le ha llegado aun la hora en que deba sentirse preocupada por la solución de los grandes problemas que tienen ante sí las viejas sociedades europeas, — como se ha repetido á menudo por no pocos espíritus ilustrados? — La lucha por la existencia, es aquí menos ardiente que en Europa y reviste caracteres más humanitarios, si así podemos expresarnos. Ese estado de hambre lento y crónico señalado por Fourier y sintetizado por Proudon en las siguientes palabras: «hambre de todos los instantes, de todo el año, de toda la vida hambre que no mata en un día pero que se compone de todas las privaciones y de todos los disgustos, que sin descanso consume al cuer-

(1) RAFAEL GAROFALO. — *Criminalogia*. — Torino, 1889.

(2) NAPOLEONE COLAJANNI. — *La Sociologia Criminale*. — tom. II. P. 459. — Catania, 1889.

(1) MAX NORDAU. — *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*. — Madrid, 1897.

po, embota al espíritu, desmoraliza la conciencia y que genera todos los vicios, todas las enfermedades», — esa hambre, decíamos, no existe entre nosotros.

Pero, esto no es decir que vivimos en el mejor de los mundos posibles. — Resumiremos las opiniones de dos distinguidos escritores argentinos — los primeros que nos vienen á mano — cuya imparcialidad y competencia en la materia son toda una garantía. — Es el uno el distinguido corresponsal viajero de *La Nación* señor Roberto J. Payró; y el otro el no menos distinguido Catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Córdoba, Dr. Cornelio Moyano Gacitua, autor de un «Curso de Ciencia Criminal», del cual nos hemos ocupado conceptuosamente en las columnas de ésta Revista. — Para el no observador, dice el primero, puede aun ser aplicable á la República Argentina la célebre frase de Panglós, á pesar de la vida semisalvaje de los jornaleros criollos de nuestras provincias, de cuyo trabajo se abusa, y de las privaciones del obrero que en las ciudades comienza ya á verse obligado á vivir en monton, en infectos tugurios. La situación de los trabajadores argentinos en las provincias no puede ser más abyecta: descalzos, casi sin ropas, ignorantes hasta el grado sumo, no alcanzan muchas veces á ganar una mensualidad de diez pesos que gastan en alcohol, embriagándose y riñendo muy á menudo en luchas sangrientas, sin otra causa positiva que la borrachera y la ignorancia. En algunas provincias hemos podido ver estancias en que trabajaban tribus de indios reducidos, sin salario alguno, casi desnudos, por el trozo de carne de sus comidas y algunos vasos de aguardiente los días de fiesta. Pero, aquellos que han salido de la vida salvaje, no tienen una existencia mucho mejor, y viven miserables, no sólo en las estancias, sino en los ingenios, y en todas las industrias enriquecedoras de sus amos, que ostentan en Buenos Aires, ó en las capitales de provincia; el lujo que les proporciona el *supertrabajo* obtenido en su beneficio de la ignorancia y la semiesclavitud de sus peones y obreros (1).

En idéntico sentido se expresa el doctor Gacitua. — En nuestras grandes capitales como en la campaña, dice, el delito contra la propiedad empieza á ser profesional; donde el obrero empieza á carecer de abrigo y de techo por los altos precios de sus viviendas; donde el sustento le cuesta lo que no gana y donde á veces, como en nuestra metrópoli, tienen por lecho los bancos de un paseo y por abrigo la atmósfera

inclemente; donde siente hambre, donde arrostra los grandes peligros de su trabajo, donde dentro de los procedimientos de honradez que se ha dictado, lleva una vida de grandes privaciones, y donde no siempre le sonríe la felicidad y demasiado sudores y penalidades le cuesta el pan negro de la miseria. Este es el honrado trabajador contra el cual parece que principalmente se hubieran dictado los códigos penales (1). —

Hasta aquí, los autores citados, — en cuanto á nosotros, muy poco tenemos que agregar al respecto; hacer lo contrario sería repetir inútilmente lo que ya se ha dicho por muchos. Por otra parte y sin necesidad de recurrir á otros hechos las múltiples manifestaciones obreras: *meeting*, para emplear un término consagrado por el uso, que se vienen sucediendo casi á diario en nuestra gran capital de más de ochocientas mil almas, son una prueba sino acabada, elocuente, de la angustiosa situación por la cual pasa en el presente período histórico la clase obrera de nuestro país; «situación que se vá haciendo cada vez más intolerable á medida que escasea el trabajo y que las empresas industriales extreman el rigor de sus exigencias» — Y esto sin contar con los gravámenes fiscales que ván cada vez más elevando enormemente los consumos y el costo de la vida, como si este país joven y rico por naturaleza no tuviera más fuentes de riquezas, para aumentar sus ingresos, que las contribuciones casi siempre caprichosas y arbitrarias; efecto pernicioso del mal ejemplo que le proporcionan las viejas civilizaciones europeas. Y sin embargo, cuántos de estos males no desaparecerían con una legislación sabia y previsora, que, respetando los intereses de todos, asegurara el bienestar general de la más grande de las entidades colectivas: la clase obrera, digna de mejor suerte; — sin necesidad de recurrir á la fuerza ó á la violencia, como por lo común y equivocadamente se piensa por no pocos transformadores sociales que tan lamentablemente confunden el socialismo científico y evolutivo, con el socialismo exaltado y revolucionario, sinónimo más bien de anarquismo: barniz político con el cual disfrazan su congénita carencia de sentido moral ó social, no pocos desequilibrados ó criminales cuyo derrumbamiento de espíritu los conduce á toda suerte de violencias y de atentados delictuosos, bajo el pretexto de una regeneración social que no comprenden.

De lo que se deduce que, si bien la lucha sin tregua por la existencia no es tan ardiente en nuestro país como en todos ó en la mayor

(1) ROBERTO J. PAYRÓ. — Prólogo á la versión castellana del libro de Enrique Ferri *Socialismo y Ciencia Positiva*. — Buenos Aires, 1895.

(1) C. MOYANO GACITUA. — *Curso de Ciencia Criminal*. — Buenos Aires, 1899.

parte de los países europeos, tenemos con todo nuestra *struggle for life* originada por una multitud de crisis económico-financieras y políticas, y que han influido de un modo decisivo en el aumento de nuestra criminalidad;— pues, aun cuando—como hemos dicho anteriormente—no le señalamos una importancia tan exclusiva cual le señalan algunos sociólogos socialistas, — es un hecho indudable que, el aumento de aquella, á la par de la evolución ascendente del progreso, si bien responde á una multitud de causas no despreciables, no es menos cierto que, la primera de estas causas—por la infinidad de males que ella acarrea:—es el ambiente viciado en el cual el hombre nace, se desarrolla y vive; ambiente en el cual gigantea la figura siniestra de la miseria,

*
*
*

El funcionamiento regular de la agricultura, del comercio y de la industria, es trastornado, de cuando en cuando, por crisis que perturban la producción y provocan su paralización parcial. Se reduce el trabajo en las usinas y aun se cierran cierto número de ellas. ¿Cuál son las causas de esos tristes fenómenos que ponen tan duramente á prueba el conjunto de la población?

No nos incumbe estudiarlas; sólo, si, diremos, que ellas son una fuente no despreciable de delitos.—Las estadísticas de todos los pueblos han demostrado, con la muda elocuencia de sus números, el acrecentamiento de los delitos, especialmente contra la propiedad en las épocas de carestía, de pérdida total ó parcial de las cosechas ó de grandes crisis; y *a contrario sensus*, se les ha visto disminuir considerablemente en épocas de abundancia.—Las desigualdades, los desequilibrios económicos, las crisis industriales, las crisis obreras que perturban todo el organismo social, hieren no solamente á los proletarios—aumentando la miseria de los que ya son miserables—sino también á los pudientes; y sabido es por la historia que, trás de toda perturbación económica, aparecen como una consecuencia inevitable, mil dolorosas situaciones, mil desventuras que no perdonan á nadie, que dan á todos el derecho de lamentarse y que arrastran á los individuos cuando nó á las masas á perturbar el orden público y á cometer delitos de toda especie—recordemos, al pasar, los primeros síntomas de la Revolución Francesa, los levantamientos españoles é italianos de estos últimos tiempos en que las poblaciones sublevadas y enfurecidas pedían pan, y la misera situación de la Irlanda y de la Francia en el presente momento histórico.—Alguien ha dicho que el hambre es muy mala consejera, y ha dicho una gran verdad.

Es que, como muy bien dicen no pocos profesores de medicina legal, la insuficiente y mala nutrición tiene su parte más de lo que se piensa, como causa etiológica del delito y de las enfermedades mentales. Cualquier órgano de nuestro cuerpo que no reciba la calidad ó la cantidad de sangre necesaria para su nutrición, tarde ó temprano degenera, alterándose á su vez su función: el cerebro no escapa á esta ley. Lo mismo sucede al organismo en general por insuficiencia de alimentación, cuando la sangre no conduce á los órganos los elementos suficientes de reparación; y el pobre, aquel que no puede alimentarse suficientemente tanto como para equilibrar la pérdida cotidiana con los alimentos, es, en el consorcio humano, un convaleciente que perpetua condiciones anormales, las cuales lo hacen incapaz é intolerante á todo trabajo, inquieto y extenuado por la más breve fatiga, despreciativo de si mismo y de la sociedad, indiferente á todo cuanto acontece á su alrededor, ignorante de sus propios deberes y de sus propios derechos, es conducido así, naturalmente, como un autómatas, á buscar un pernicioso alivio en los alcoholes más fuertes y excitantes. Sin energía, postrado, abandonado, é inducido por necesidad á odiar á sus semejantes, no vé en el delito sino un puerto que lo libre de las duras privaciones de la vida.—Considerando, pues, la alimentación como un móvil del delito, especialmente contra el que afecta la propiedad, es de notar con Mayr que aquél será tanto más vivo cuanto mayor es la dificultad de procurarse honestamente los medios de subsistencia (1).—He aquí explicado el por qué de esa ley que nos revelan las estadísticas, de que: *el aumento de los delitos, especialmente contra la propiedad, está en razón directa con todos aquellos desequilibrio económicos que traigan con ellos el aumento de precio de los artículos de primera necesidad;—ó de esta otra: á los movimientos oscilatorios de alza y baja del costo de alimentación, corresponden otros en la clase y cantidades de los delitos.*

*
*
*

Y estas leyes nos la revelan no sólo las estadísticas extranjeras, sino hasta las nuestras propias.—De las que tenemos á la vista (2), resulta que la criminalidad de la Capital de la República, que al partir del 81 al 87 se había mantenido casi estacionaria, á partir del 88

(1) DOCTORES: A. FILIPPI; A. SEVERI; A. MONTALDI Y L. BORRI. — *Manuale di Medicina Legale*.—págs. 1384 y 1385.—F. Vallardi, editor.

(2) FRANCISCO LATZINA.— *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires 1887*. — ALBERTO B. MARTINEZ.— *Anuario estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, 1898.

rompe este equilibrio y aumenta de una manera gradual y rápida, llegando á alcanzar en el decenio de 1887 á 1897 proporciones realmente exorbitantes:—2722 delitos, en el 88;—2691, en el 89;—4138, en el 90;—4668, en el 91;—4594, en el 92;—5098, en el 93;—4506, en el 94;—4533, en el 95;—5692, en el 96;—8113, en el 97;—con la advertencia esta que, de estos totales mucho más de las mitades pertenecen á los delitos contra la propiedad.

¿Cuáles son las causas de este recrudecimiento? ¿A qué atribuir esta más que cuadruplicación de la delincuencia en este tan corto número de años? ¿Al aumento de la población?—No, pues aun cuando la población de Buenos Aires ha aumentado de una manera considerable en el período que estudiamos, el número de los delitos, como hemos tenido la oportunidad de demostrarlo, no guarda ninguna relación con dicho aumento.—Su explicación es mucho más sencilla:

Cuando las fuerzas vitales de un pueblo se malgastan en luchas estériles originadas por la ambición de unos pocos; cuando á consecuencia de ésto ó de una disminución en la producción agrícola y manufacturera el crédito desaparece y el oro trepa á las nubes y la moneda fiduciaria, baja, se tritura bajo la pesada mole de las emisiones; cuando los bancos desbalijados, por decir así, cierran sus puertas y las industrias se paralizan; cuando se hacen empréstitos múltiples que no tienen por garantía más que beneficios aleatorios; cuando el trabajo disminuye y los salarios decrecen por la ley fatal y cruel de la oferta y la demanda; cuando los artículos de primera necesidad encarecen y la lucha sin tregua por la existencia se hace cada vez más difícil, apareciendo en consecuencia la miseria, agitando su pendón siniestro, convaleciente, inquieta, extenuada, embriagada con el alcohol de todos los alcoholes, con la amargura de todas las amarguras apurada hasta la hez y rodando de pendiente en pendiente por el ocio, por el vicio, por la prostitución, por el delito;—cuando esto sucede, decíamos, no puede á menos que romperse el equilibrio moral de los sentimientos sociales y la delincuencia acrecer como los microbios bajo la presión de las causas y del medio apropiado á su desarrollo.

Y es esto lo que ha sucedido en nuestro país:—La crisis política que hace su explosión el 26 de Junio del 90 y la crisis económico financiera que á partir del 88 nos amenaza todavía, son á nuestro modo de ver, sino todas, al menos las más importantes causas que han influido sobre el progreso tan poco alagüeño de la delincuencia de nuestra capital, en el decenio que dejamos señalado.

MIGUEL A. LANCELOTTI.

Que debe ser un Presidente?

Es indudable que lo que más pesa en una persona encargada de desempeñar un cargo público, es el poder. La prueba indiscutible de este aserto está en las monarquías y reinados, donde el símbolo característico de ese atributo reside nada menos que en la corona, un aparato de metal fino, cuanto más macizo mejor, de oro sin aleación, recamado de valiosa pedrería, con mil incrustaciones, y que al ser colocado en la cabeza del augusto personaje que ejerce las supremas facultades del mando, lo agobia, y descompone su fisonomía, como á la reina Victoria, cuyos retratos semejan á una momia egipcia cuando está munida de tales atributos, y en cambio sin ellos, se encuentra en estado de merecer un segundo marido que la haga tan feliz, como élla ha hecho á su pueblo, con sus costumbres austeras y moderadas.

De esta clase de coronas hay que exceptuar algunas que suelen adornar á ciertas cabezas ungidas también de mando, y que de material ménos denso y más liviano, se hacen por eso mismo más soportables, como las de los frailes, por ejemplo, que, hábilmente demarcadas por la tijera y navaja de un buen peluquero, en lugar de ser incómodas, sirven para refrescar la parte más caliginosa del cráneo.

Debido á esas circunstancias es, tal vez, que el gobierno de los pueblos se ha dividido en clases diversas, de modo que en la actualidad, la monarquía vá perdiendo por completo su supremacía, y tan solo la República es la forma anhelada del presente y la conquista del futuro en materia de dirección política y administrativa de las colectividades.

Sin embargo, el símbolo del mando no ha desaparecido aún en esta clase de fórmula gubernamental. El bastón presidencial, de pomo abultado, fundido en metal de buena ley, de madera dura y consistente, si es posible de verga con encarnación de fierro por dentro y regatón de acero templado en fábrica toledana, es otro atributo que representa igualmente la investidura del poder.

En ciertas tribus del Africa ese símbolo está representado por la tradicional macana, que tanto la usa el que manda, como el marido para poner en vereda á su mujer cuando anda de paso cambiado y se aparta de los deberes del hogar.

Nosotros para evitar quizá el ridículo de la frase, es que hemos adoptado el bastón presidencial y nó la macana, porque sería poco cortés en las solemnidades de la sucesión del mando decir que el primer magistrado del país vá á transmitir la macana presidencial.

Otro de los atributos de ese mismo poder, es

la indumentaria del magistrado, en la que siempre aparece el predominio de la cargazón, como los grandes penachos de descomunales morriones en algunos, ó enormes cilindros de lana mal peinada ó felpa, en otros, como el que adorna la modesta testa del Presidente Krüger, que unido á la legendaria pipa que sujeta desdeñosamente de sus lábios, lo hace aparecer, con su barba de espartillo sembrada al descuido en un colgajo de oreja á oreja, á uno de esos viejos marinos colocados en calidad de vijia cerca del mascarón de proa del bajel para dar el alerta sobre los obstáculos que se divisan en el trayecto de una peligrosa navegación.

Empero, de nada valen todos esos atributos, si no hay el respeto debido á la autoridad del que los lleva.

En nuestras repúblicas democráticas un Presidente debe ser lo más sencillo posible, sin dejenerar en extravagantes originalidades, rayanas de lo ridículo.

En lo que no estamos conformes es en la injusticia con que se le trata á un Presidente y la falta de consideración con que se pretende menoscabar su autoridad por medio de esa crítica destemplada y mordáz, que no borda los límites razonables de la sana cultura, si nó que, salvando toda valla impuesta á la moderación, se desborda en gritos destemplados, de un guaranguerismo repulsivo, con palabrerio grosero y chocante, como si fuera la obra de un marcado despecho, en vez del anhelo generoso que inspira la elevada censura.

Para semejante crítica, no hay calamidad pública ni desgracia nacional acontecida que no se le impute al primer magistrado de la República, como si la acción de éste fuera omnipotente y capaz de preveerlo y resolverlo todo de su sola y exclusiva voluntad.

Si un Ministro de Estado comete un disparate ó resulta incompetente para el desempeño de ese cargo, la culpa recae en el Presidente de la República por haberlo nombrado, como también recaen sobre éste, la ineficacia de las leyes que dicta el Congreso, la crisis en el comercio y hasta la aparición de la langosta, el año en que á tal ovidio se le antoja desvastar nuestra producción agrícola.

Y sin embargo, nadie se acuerda de consultar una vez siquiera la Constitución Nacional, para ver que las facultades de nuestro Presidente, están tan limitadas y controladas por los demás Poderes, que no hay un solo acto de gobierno, en estado normal, que le sea atribuido á su exclusiva responsabilidad.

Aún cuando por el artº 74 de dicha Constitución, el Poder Ejecutivo es unipersonal, puesto que solo debe ser desempeñado por el Presidente de la República, quien á la vez reúne

la calidad de Jefe Supremo de la Nación, y tiene á su cargo la administración general del país, según el inciso 1º del art.º 86, sin embargo en todos los demás incisos de la disposición constitucional precedentemente citada, relativa á las facultades de ese mismo magistrado, no hay una sola de importancia, que no sea ejercida con acuerdo del Senado ó del Congreso, rigiéndose en lo demás por el predominio imperativo de las leyes, á las cuales debe ajustar su regla de conducta, cuidando de no alterar su espíritu con excepciones reglamentarias.

Con estas trabas y cortapisas, la unipersonalidad del Poder Ejecutivo, es ridícula y su acción colegisladora es tan reducida y limitada, que más valiera no tener semejante participación en la formación de las leyes, en que siempre triunfa la voluntad del Congreso.

¡Y después nuestra Carta Fundamental habla de absoluta independencia de los Poderes en sus funciones respectivas! Ninguno de esos Poderes goza de ménos independencia que el Ejecutivo, puesto que hasta para ausentarse del territorio de la capital, el Presidente de la República necesita permiso de las Cámaras Legislativas.

Por poco más, el Presidente ha quedado reducido á adoptar el lema de la monarquía inglesa, de que el *Rey reina, pero no gobierna*.

En cuanto á las aspiraciones públicas, respecto á las cualidades que han de adornar la personalidad del Presidente de la República, éllas varían á lo infinito, y se reflejan sobre cada una de las tendencias de los diversos gremios de actividad económica y productora en que está dividida la sociedad.

Es así que, para un comerciante, el Presidente debe ser libre-cambista, mientras que para un industrial ha de ser un proteccionista. Un médico lo querría higienista, en tanto que un hacendado lo preferiría veterinario, por lo que de este vario criterio y conjunto distinto y antagónico de pretensiones más ó menos interesadas, no se sabe en fuerza de buena lógica, cuales son las condiciones que ha menester un Presidente para satisfacer el capricho de esa suprema voluntad del pueblo, que para ejercerse libremente, siempre ha necesitado el respeto impuesto por el temor de las bayonetas.

Por eso hemos dicho con justicia que el Poder Ejecutivo, es el más controlado de los poderes. El Legislativo y el Judicial lo miran de reojo y lo tienen á raya; la opinión pública lo combate ó elogia, según convenga á sus intereses materiales, y la prensa, que es otro poder más bien flagelador que controlador, lo zurra de lo lindo, si es opositora á su política, dándole palo por que bogas y palo porque no bogas, según la frase del cuento.

La Criminalología moderna desearía un adonis de belleza en la figura del Presidente de la República, con perfectas simetrías craneanas y con localizaciones cerebrales que acusaran al prototipo de la inteligencia suma, y único poseyente de las más acrisoladas y supremas virtudes, tanto públicas como privadas.

Resulta de todo ello que más que difícil, es imposible llenar ambiciones tan variadas para poder caracterizar, según el criterio de la opinión pública y el de la ley, lo que debe ser un Presidente.

*
**

Y en cuanto á la tarea de gobernar, esta es otra cuestión más difícil todavía, por lo que nos quedamos con la apreciación que de ella nos hacía en Tucuman, Don Luca Córdoba, al afirmarnos que era peor que zurcir medias.

JUAN COUSTAU

Documento Humano

(CONTINUACIÓN)

Visitando la panadería que ya mencioné, me apoderé de un chaleco, si no recuerdo mal, del que antes fuera uno de mis compañeros de viaje en el vapor correo de la «Mala Real Inglesa» denominado «Mondego London» en desquite á una deuda contraída por el amigo, y cuyo compromiso no satisfizo á causa de esto dicho individuo me hizo conducir á la Sección 6ª en la cual el señor Corrales me puso en libertad. Como se comprende mi situación iba de mal en peor, me he ido alejando cada vez más de las personas que me conocían y podían protegerme; la sustracción del chaleco fué conocida de todos, y creo que hasta á mi padre informaron de lo ocurrido, y cuanto más me alejaba aborrecido y odiado de los conocidos de mi íntima familia, más me aproximaba á los vagabundos, á los idiotas, á los rateros méndigos y demás individuos de mala ralea y estaduría, desgraciados que la sociedad ingrata no tiene en cuenta casi ni considera ni mira con lástima y compasión como debiera, como justiciero acto del que comete un delito y se arrepiente después, son naufragos que las olas arrojan en este mar embravecido de la lucha por la vida, hacia allí fuí empujado yo también hacia los cuadrados, hacia la bazofra de los conventos como alimento de mi organismo, hacia los bancos de la plaza pública, terrenos baldíos y obras en construc-

ción como albergue y morada, mal vestido cargado de miseria, y en un abandono que debía dar compasión y lástima á los que me observaban, y en ese pequeño mundo de delincuentes de ocasión si se quiere, cada una de mis individualidades componentes se hallaban en situación idéntica presentaban el mismo aspecto é idéntica repugnancia para el hombre sensible y el sociólogo, inspiraban la misma compasión, cuando viví esta vida y entré en ella ha sido para esta un período de transición, como el idiota, transcurría el tiempo por mí sin darme cuenta, y vagaba al acaso inconscientemente, por el espacio limitado del pequeño mundo terrestre, he visto á individuos esperar la comida de limosna, sin avergonzarse, pues ya no hay dignidad en la persona cuando no se apercibe de que es un objeto de curiosidad de quien le rodea, he visto á individuos los más degradados, aunque por suerte rarísimos ejemplares en la humana naturaleza manifestar su tendencia á la sodomía, en calidad de agentes unos, otros en calidad de pacientes, por fin en medio de tanta miseria y frecuentando lugares diversos empecé á iniciarme, aconsejado é inducido por otro de condiciones morales malísimas, sustrage dinero del bolsillo á beodos sentados en los bancos de las plazas, solicitado por individuos que aunque de escaso valor económico tenían algo, empecé á sustraer gallinas y objetos diversos en pequeña escala; por un sargento de policía de la sección veinticuatro fuí detenido una madrugada del año 88 y puesto por robo de gallinas ó hurto á disposición del Juez de Crimen Dr. Perez, y creo fuí condenado á tiempo sufrido con cinco meses, henos en la vida activa, con las nociones criminales, en la Penitenciaría Nacional aprendidos, el bueno que en un presidio entra, sale malo, y el malo una fiera, un salvaje, sufra un individuo prisión preventiva ó extinga condena, sea el régimen celular ó esten los individuos recluidos en trato permanente, sale de aquel excelente albergue de las generaciones libres de mañana, con aptitudes de reposo y mejor templado para continuar en la senda que el hábito me había trazado, entré entonces en relaciones con un carrero que tenía parada en la Plaza del Once de nombre José, y un homónimo suyo dependiente de una casa patentada de lenocinio, los dos más ó menos tímidos y vulgares bandidos, del «Piemonte» entre ambos, inducido y aconsejado por estos sustraje de las muestras de una tienda algunas piezas, y fueron estos quienes me inculcaron en la men-

te, primero parados en las estaciones, y después en movimiento, la idea y el procedimiento para sustraer de los convoyes ó de los vehículos del tren mercaderías, y no faltó quien dijese que en compañía de ellos se le habían efectuado tres, y se preparaba un cuarto, robos audaces según voces á una ferretería de la plaza mencionada antes, vivía yo entonces en la calle Victoria 3190, á los galpones según se decía, del F. C. del O. también le fueron efectuados varios robos ó hurtos, y hubo quien me atribuyó á mí responsabilidad en ello, el caso es que los robos á los trenes del O. se le efectuaban con frecuencia pero con una torpeza increíble, en aquel tiempo con ese sistema, según expresión del sub-comisario de investigaciones de B. Aires Sr. Costa, se podía haciendo las cosas con acierto, adquirir fortuna en poco tiempo, estaba aquello muy descuidado por la administración de la provincia, los frecuentes ataques que le dirigíamos con poco resultado casi siempre para nosotros, ocasionaron la brutal y abusiva intervención de la Policía de pesquisas, la que me capturó en pleno día en la calle Gran Chaco (?) obrando la sospecha por haber sido hallado una ó más noches durmiendo en los coches de pasajeros de la estación Once de Septiembre esperando la hora de partida de los convoyes, conducido al Departamento Central de Policía negué la participación que se me atribuía en esos asuntos, y como fui arrestado por los objetos mencionados, de la tienda sustraídos, y fugué cuando me condujo un sargento de la sección quinta á verificar si yo vivía en la calle Victoria ó nó, mientras entró á preguntar al locatario, emprendí la fuga y encontré al salir el caballo solo, como sabía la Policía Central esto se me procesó brutalmente, y fui enviado á disposición del Juez Correccional Dr. Obligado, un mes después era nuevamente devuelto á la sociedad, sufrí con la intervención de la sección diecisiete, otro encierro, poco después de un mes fui nuevamente devuelto á la libertad relativa que tenía, entré antes de esto en relación con un individuo, español auxiliar más tarde y amigo, mis maestros por su timidez se perdieron del país y ni como auxiliares ni como *alumnos* me sirvieron, otros varios me sirvieron de auxiliares, algunos regulares, en total no pasaron de seis hasta la fecha, sufrí del 91 al 93 reconocimientos frecuentes de la Policía, que como se sabe sin que la ley la autorice, remite por contravención, á los que designan en abreviatura con las iniciales L. C. siquiera no

sea el bandido humanitario ni de la talla excepcional de los grandes en la historia, marcan dichas iniciales la frente del hombre en ese sentido rebelde á los convencionalismos sociales; es el estigma de los poderosos atacados de la enfermedad atávica que domina al medio; que se opone á la marcha del mundo y de la materia en la inmensidad, hacia sus naturales destinos; de todos modos solamente he visto castigar con la cárcel por casa á los ladrones vulgares ó pequeños, y á los grandes he visto que se les dió algunas veces la casa por cárcel, no precisa relatar aquí, para el hombre estudioso la especialización del bandido, la historia de mañana escrita, refiriendo la vida de hoy, tal vez glorifique y enaltezca los que no fueron malos, pero en todo caso víctimas siempre los malos también.

Por esta altura de mi occidentada vida viví, primero en la calle Velez Sarfield, después en la de Cangallo, la generosidad de mi carácter permitía á los que me ayudaron en mis aventuras, y á las personas conmigo relacionadas ó en trato, reunir dinero ellos á mis espensas, sin adelantar nada casi yo, y sin ser tan tonto, soy aun generoso y lo seré más aun, he estudiado y sigo estudiando, devorando obras de autores diversos con afán y la insaciable sed de saber, me modifico día á día, frecuento casas de prostitución, mujeres perversas logran apasionarme, sin amar á ninguna hasta ahora, pero capaz de amar mucho en todos los órdenes de la naturaleza, me modifico también en la estética y en la indumentaria, empiezo á interesarme por el arte, voy de gradación intelectual en gradación, abrazando con simpatía las diversas escuelas que se han sucedido en la historia hasta nuestros días, soy materialista, á nombre de la verdad científica, creo el orden positivo, niego á los dioses y soy enemigo de las religiones de la muerte, defiendiendo á los pobres y los débiles, y rescato solamente, que personalmente, creo en parte, los grandes, han robado antes á mí, esto no obstante de ser justo en el fondo, en la actualidad lo creo malo, no obstante yo voy siendo moralmente cada vez mejor más humano, me rebelo contra toda injusticia, yo no soy vulgar, esto me satisface, en medio de todo me alimenta la esperanza en días mejores.

A diversos establecimientos industriales en el ramo de peletería parece le fueron efectuados robos valiosos algunos y no faltó quien me mezcló en alguno á mí.

Fui arrestado por el sargento Ponce de Leon

y otro en la capital, por tentativa de robo cosa incierta pues no hubo más que la intención y se precisan actos fuí procesado por el juez de instrucción Dr. Saavedra por lo antes mencionado al F. C. del O. fuí fotografiado en la oficina antropométrica de identificación mal montada y un personal chacoton y sin formalidad, fuí remitido á disposición del Dr. Soneira y salí condenado injustamente según la ley á diez meses era el año 1890.

El año 91 estuve 15 días en La Plata y según Fernandez, Comisario de Pesquisas fuí yo uno de los que sustragieron del tren mercaderías que iban del G. Dock para la aduana de B. Aires.

Menciono aquí el detalle de haber estado el 88 en las islas recogiendo fruta un mes y pico por olvidar hacerlo antes.

De mi estadía en La Plata pasé á G. Rodriguez, y estuve unos días recolectando maíz, puestas á la miseria mis manos, abandoné dicha faena en compañía de otro, y en aquellos días fuí capturado por la criminal policía de Merlo, sumariado y puesto á disposición del Juez de Paz, fuí enviado más tarde á La Plata para ser fotografiado en la oficina Antropométrica, institución bien montada y seria, con la aplicación del sistema Bertillonista á las medidas del individuo, y, con el sistema que antes sostuviera, si no recuerdo mal Lombroso como complemento, también se sacan las impresiones dactilares ó sistema de Falangomonía, que tanto sea sacada la impresión, antes de cometer una persona un hecho, como después, se le identifica con la reproducción, dejando huella ó sea la imagen impresa de las falanges terceras, devuelto á Merlo de nuevo fuí puesto después de cinco meses y pico en libertad, ó mejor dicho, á G. Sarmiento remitido, de cuyo punto, preso por un hurto, al F. C. de B. al P. fagué del calabozo una noche destornillando las tuercas en compañía de otros dos, acosados por las brutalidades que la Policía cometía con nosotros, estuve creo un mes y pico preso y puesto después en libertad.

En esos días me ha sucedido en Buenos Aires desgracia grandísima, al penetrar en un Restaurant de la calle Charcas una noche con la intención de sustraer algo, enciendo fósforos con ruido, y al momento me sentí herido de un tiro, salté á la calle con un brazo medio caído, devorado por la sed bebí agua, pedí auxilio á la Policía, el proyectil había penetrado por el antebrazo derecho, recorrió el

homóplato entre la epidermis y el hueso, y salió del mismo lado por el hipocondrio, estuve en asistencia científica en la Asistencia Nacional y procesado, á los ocho ó quince días ya bueno salí.

Pasé á vivir en calidad de socio industrial, con participación á él en un negocio, y yo en los de él, consistentes en la preparación de vinos blancos con un paisano, pero la C. de Policía de la Sección Diecisiete, por denuncia del F. C. de B. al P., el cual se quejaba de que le fueron por mí efectuados varios hurtos ó robos, puso consigna á la casa que creo está situada en la calle Araoz; yo emprendí la fuga, sufrió él, sin que esto signifique que yo lo engañase, pues no me ha gustado hacer nunca eso, salvando algunas veces ciertos detalles, la prisión de un mes, y arruinó sus intereses, solamente tuvo todo esto para mí la consecuencia de serme mencionado por el comisario señor Almeida.

Antes, creo, del incidente que antecede, y si no después, sufrí una prisión de un mes y pico en la Penitenciaría Nacional no recuerdo á disposición de que Juez Correccional, salí de allí y fuí á vivir á la calle Gauna en calidad de pensionista, é inquilino, con otros dos ó tres compañeros.

El año 93 fuí remitido por el Juez de Paz del Pilar á disposición del Dr. Carranza Mármol, y después que se derrumbó, con gran placer para mí, la administración que presidía Costa, salí en libertad, estuve acusado de robo al F. C. de B. al P.

El año 94 viví primero, creo, en la calle Segunda Cangallo, y después en la de Acevedo, se había producido en ese tiempo el sensacional descuartizamiento de Farbós, y el que andaba con poncho era sospechoso, como yo llevaba esa prenda, y fuere mi andar sospechoso, fuí llevado á la Sección Veinticuatro de Policía, y de allí trasladado á la Veinticinco, pues el Comisario Sr. Godoy, decía existir denuncia del F. C. de B. al P. contra mí, bien tratado del personal, fuí remitido al D. C. y el Jefe me llamó más tarde departiendo con él sobre asuntos diversos, y contestando á las preguntas que me dirigía, era el General Manuel J. Campos, á los pocos días fuí conducido á La Plata por el auxiliar Helena de la Comisaría de Pesquisas, y hasta la E. Central del F. C. por el Jefe de Tráfico del ferrocarril mencionado, el cual viendo mi persistencia, mi tenacidad en el género mismo de vida, y mi protesta contra aque-

lla detención ilegal, me ofreció veinte mil pesos con la condición de que abandonase el país, los que rechacé indignado por creer significaba abdicar en mi carácter y condición, fui de esta última parte enviado á Mercedes, por creer él mencionado Jefe fuese allí la sustracción de las cosas, ó si nó ignoro por que motivo, allí fui visitado por este y el ingeniero de Vía y Obra, fui devuelto por el Sr. Montoya á La Plata después de decirme que fuese al salir por allí, pues me daría colocación en la Policía como me había dicho antes el Sr. Godoy, á mi pedido el mencionado representante del F. C. me había prometido colocación también, al salir de La Plata la fui á buscar ó pedir se gestionase, como volviese una ó dos veces y creyese fuese engaño no volví más.

No sé como se hallaron por un robo en la estación del O. en Morón, envueltos, injustamente, un agente de Policía y un Sereno.

Siendo arrestado por ser de M. A. en Merlo y puesto de plantón con centinela armado, este se durmió, y retirándome de espaldas por si acaso, con paso lento, me fugué, el dormido no fingía.

En Luján viví dos meses á pensión, y de sus traer mercancías á los dos ferrocarriles que cruzan el Pdo., empecé á estudiar activamente la sociología, y al ser arrestado en la comisaría por un robo en pleno día al F. C. del O., me fueron robados dos libros y algunos objetos por los oficiales, la Policía de la Capital había hecho conmigo ya la misma cosa, enterado de lo que se había hecho con un preso, y cual era el proceder de las autoridades, y sus abusos, solicité un diario denominado «La Justicia» para que una vez consentido por su Director Emilio Bellotti, publicase las denuncias hechas por mí, y firmadas por otro ó con su nombre, se le interpelló al intendente, se le apercibió al Juez de Paz, se le destituyó al secretario de la Intendencia, se le removió al Comisario para la Capilla, un escándalo social nunca visto allí, esto si no recuerdo mal era el año 95, salí después de un mes, y fui á vivir en la calle Sta. María, en Barracas al Norte.

En el mismo año después de tener el (a) el Galleguito, apodo puesto por unos empleados del F. C. en la estación del Once, las personas que en mi nuevo barrio no me conocían el nombre, por ocuparse de hablar á veces sin saber, de anarquismo, colectivismo y otras cosas, me designaron con el nombre de (a) El Anarquista, confirmado por la Policía Seccional

al ser arrestado en compañía de otros individuos, dando, «El Imparcial» un bombo completo del hecho, con muchos detalles á la gente que lo leía, salí después de un mes sobreseido provisionalmente, la causa fué un robo en el F. C. del S.

Viví más tarde en la calle Castillo, en la de Defensa y en la de Lavalle, y en este período de tiempo el diario «La Prensa» se ocupó mucho de un robo al F. C. de B. y R. cerca de la E. P. Tres de Febrero, se decía que una virgen «La Imagen del Sagrado Corazón de Jesús» había sido también del convoy arrojada, y se halló sumergida en la zanja, se decía que el ladrón estaba baldado de un brazo, y la dejó por escrúpulos, no debió ser así, el culpable de hallarse en aquel estado lastimoso, tan bonita cosa le debió haber estorbado, y la tiró sin querer hacerle mal, dicen iba para Salta, y previa la visita de miles de personas, con la intervención policial, fué llevada á la Diecisiete, de esta al Departamento Central, al Juzgado del Dr. Navarro, y después al convento de Las Terciarias, erigiéndosele un altar, bendecido por el Dr. Castellanos, y acuñándose medallas conmemorativas, no faltó en el pueblo, que tanto se hablaba del hecho, quien me lo atribuyese á mí, el caso es que la P. no me molestó.

El año 96 fui procesado en Lomas de Zamora acusado de robo al F. C. del S., y en Barracas me visitó Mr. Warrom Gerente del mismo, y el Jefe de la E. Constitución, al presentármelos la Policía como mis víctimas, dije, que era yo víctima de ellos, se puso mi fotografía en el expediente, y un informe impreso en papel azul, (cosa idéntica han hecho ahora con la fotografía) que según se me dijo han cometido el abuso de exponérmelas en las oficinas de las estaciones fui á La Plata á disposición del Juzgado del Crimen, en el informe del administrador, se elogiaba al Sr. Lozano y á Vazquez, este último lo ascendieron por méritos adquiridos, con justicia ó no á sus expensas, y después lo rebajaron, acusé á los jueces de falta de preparación intelectual, y de poca ó con ninguna actividad y honradez, los diarios no me publicaban las quejas, y por no desairarme del todo, apenas pedían el pronto despacho de mi asunto, el Dr. Acevedo y otros, de los de segunda instancia también, replicaban en seguida; uno dijo, que yo era amante de la literatura, que mi autor favorito era Zola, y de las obras de este leía con preferencia «Lourdes», que era en fin «Ladron con historia», sin

ser probada la causa, y correspondiendo apenas seis meses caso de probarse, fuí por espíritu de pasión de los jueces, predispuestos en contra mía, condenado á tres años de prisión, condena sufrida por capacidad, el prevaricato al menos, y el cohecho tal vez, pues es fácil haya sido recomendado por el gerente de que hablé antes á los magistrados, me envolvieron en la cuestión, solo el 17 de Junio del año corriente, después de haber combatido el mal sin tregua, haber sido sometido yo mismo al estudio de mis diversas impresiones, y observar á los demás en sus relaciones, estudiar la causa de los incidentes, sufrir calumnias, injurias, insultos, castigos injustos, amenazas, provocaciones, y otros excesos, criticar yo, censurar con el ejemplo, dar buenos consejos, enseñar, educar ¿de mí qué se podía decir? ¿Qué se me podría tachar? que era ladrón, que espropiaba individualmente, valiéndome de la astucia sobre todo, lo saben muchos, y hay que creer que era el único defecto moral que tenía, borracho nunca fuí, solamente cinco veces en mi vida perdí el conocimiento, y en todas he salido perdiendo muchísimo de lo que en mi poder tenía, jugador nunca fuí, por la licencia en los gimnasios tampoco fuí afecto, ni las mujeres ni los hombres me ha gustado jamás engañar cuando me di cuenta de mi situación en el mundo.

Vivía últimamente en la calle Cavia en Palermo, nadie me fastidiaba, y por donde quiera que iba dejaba de mí la más excelente impresión, frecuentaba sociedades cultísimas y asistía á representaciones teatrales, me gusta más que nunca andar vestido de moda, hago las sustracciones mejor que nunca, y gano más, soy amante de las flores, vivo aún en celibato, mis padres me llaman, pero sin mucho dinero al menos mil pesos no quisiera ir allá, últimamente le mandé los primeros cincuenta pesos, aquí no me quisiera casar, pero de esta manera padezco mucho fisiológicamente con la privación de los placeres, casi completamente, mi padre á pesar de ser caudillo de aldea, y haber sido alcalde de distrito, está arruinado y agobiado por las contribuciones, en tal estado las cosas cuando iba prosperando algo me sorprenden los diarios con la noticia de mi captura recomendada en la provincia, que se me había identificado por varios comerciantes, y un carrero, que según dijeron es pariente del Dr. Quirno Costa con varios robos efectuados al F. C. C. A. en la Capilla el Lunes 25 de Septiembre, por un traidor, que apenas había visto no sé donde, un mo-

derno Judas, pagado sin duda, y que ningún mal le hice, me denuncia, cuando me preparaba á huir al exterior, victo y confeso me hallo de nuevo desgraciadamente, corriendo el riesgo gravísimo la poca juventud que me queda, de ser arruinada, no sé lo que será de mí, cuando más quiero á la familia hecha y á la por constituirse, más alejado de ella me veo.

La marcha social del mundo me regeneró, los pasos gigantescos más notables cada día que el progreso da son los únicos que me alientan, en esta vida sin atractivos, los retrógrados pugnando por conservar un pasado de ignorancia y de injusticia, y los de vanguardia en el pensamiento tratan apresuradamente de traer para la humana familia días mejores planteando la igualdad, la verdad y la justicia en la tierra, nada será capaz de detener el movimiento, y libre la evolución sin necesidad de cambios bruscos, podremos resolver los problemas que se presenten, y legar á nuestros descendientes en la historia lo más grande y sublime hasta aquí concebido.

BERNARDO BARGO GOMEZ.

Departamento de Policía—La Plata, Noviembre 15/99.

Notas Bibliográficas

Revistas.

Revista Nacional. — Con un excelente y variado material ha aparecido la entrega segunda correspondiente á Febrero; de esta interesante revista de historia, literatura, ciencias sociales y bibliografía que con tanto acierto dirige el joven intelectual señor Rodolfo W. Carranza.—Han colaborado en ella, entre otros, los señores Carranza (A. J.) Quesada; Zinny; Zúñiga y Medina; J. H. Rosende; Diego Mendoza, y el joven José Arturo Scotto cuyos afiligranados apuntes sobre «*Los pseudónimos en el periodismo Argentino*» demuestran en su autor una preparación nada común y un profundo conocimiento de los que han actuado en la prensa argentina en los diversos ritmos de su evolución al través del tiempo y de las diversas localidades de nuestro país.—Así se empieza á escribir la historia. Bien por el señor Scotto.

La Semana Médica. — Hemos recibido los últimos números de esta importante publicación que tan acertadamente dirigen los distinguidos profesores de nuestra Facultad de Ciencias Médicas, doctores Francisco de Veyga y Benjamin T. Solari.—Como siempre vienen nutridos de selectos como valiosos materiales, que se recomiendan sobre todo por su actualidad.

La Revista.—Nos ha llegado de la vecina orilla el último número de esta simpática publicación que con tanto buen gusto dirige el señor Julio Herrera y Reissig. — Su material es selecto como variado, y han colaborado en ella los señores: Zorrilla de San Martín; Santiago Maciel; Daniel Muñoz; Pedro J. Naón; con una bellísima poesía *Aérea*; Casimiro Prieto; su director Julio Herrera y Reissig; Ambrosio L. Ramasso; Manuel J. Sumay; Francisco G. Villarino, con otras bellísimas poesías: *Claro de luna*; y por fin el señor Carlos Baires, el actual presidente del Ateneo Argentino, con un bien meditado estudio sobre la *Psicología del avaro*.

El Porvenir Intelectual.—Con un excelente material se nos ha presentado el número 79 de este interesante semanario. Publica el retrato del celebrado tradicionista argentino, doctor Pastor S. Obligado, como así mismo sus principales rasgos biográficos, debidos a la bien acerada pluma del joven periodista e inteligente escritor, señor Octavio C. Batolla.

Revista de Policía.—El número 64 de esta importante revista que aparece en esta Capital bajo la competente dirección de los Comisarios de Policía señores Antonio Ballvé y José J. Cesario, y que hemos tenido el gusto de recibir, trae entre otros materiales, un retrospecto de la Policía de la Capital durante el año 1899, que se recomienda por sí solo.—Es una de las pocas publicaciones útiles digna de ser mencionada con el mayor encomio.

El Escalpelo.—Revista mensual de filosofía y sociología.—Año I.—N. 3.—Buenos Aires, Enero 14.—Administrador Juan Pallas.—Sumario: El hombre ante sí mismo, *Sergio Sonia*.—Anglo Sajona, *Cecilio Metello*.—La tiranía de las ideas, *Miguel de Unamusca*.—Psicología del anarquista democrático, *C. M.*—El Cerebro, *U Io*.—Los tesoros del humo, *Z. Velez de Aragón*. Buscando el equilibrio, *Mario Villa*.—La danza de las imágenes, *F. M. Pensamientos*.

El Monitor de la Educación Común.—Publicación del Consejo Nacional de Educación.—Año XX.—N. 322.—Buenos Aires Enero 31.—Como siempre, esta importante publicación se hace notar sobre las demás de su especie, no solo por la variedad de los materiales, como por la amenidad que sabe imponer a sus escritos llenos de buen sentido y de sabias observaciones su digno director, el distinguido educacionista señor Juan Manuel de Vedia.

Ecos Comerciales y Judiciales.—Revista semanal, editada por la oficina de informes comerciales de Papke y Dankert,—Órgano del Comercio—Buenos Aires, 3 de Febrero de 1900—Ns. 331 y 332.—Publica: las quiebras y moratorias que se decretan y solicitan solamente en los tribunales de toda la República, con balances y demás detalles y el movimiento de las que están en tramitación; las

constituciones y disoluciones de sociedades; ventas de negocios; inscripciones en los Registros de Comercio; fallos de importancia y demás noticias que puedan interesar al Comercio.—Como se vé es una publicación útil e interesante.

La Revista Judicial.—Publicación mensual ilustrada.—Año II.—N. 16.—2ª Época.—Buenos Aires, Noviembre de 1899. — Contiene: Los juzgados correccionales. — Autos y actas del juez Dr. Rodríguez Bustamante. — Demandas curiosas.—Secretarios.—Jueces.—El juicio ejecutivo.—Competencia de los jueces de instrucción.—Quebrados fraudulentos.—Estadística curiosa.—Los Tribunales Supremos en Francia.—Resoluciones judiciales de interés.—Concursos, quiebras y moratorias.—Procesos célebres (con grabados).—Ciencia y Arte; descubrimiento importante. Bibliografía.—Trae un grabado: el despacho del Dr. Francisco P. Astigueta.

Revista Jurídica.—Defensor de los intereses de los litigantes y dedicado con preferencia a los asuntos comerciales.—Año V.—N. 158.—Rosario de Santa Fé, Enero 15 de 1900.—Director propietario. P. Julio Cabañero.

Revista de Tribunales.—Publicación quincenal de legislación y jurisprudencia, dirigida por el señor Daniel Toro Melo.—Año II.—N. 20.—Santiago de Chile, Enero 1.º de 1900.—Este número no desmerece en nada de los anteriores; su material es selecto como interesante, lo que hacen de esta revista una publicación sumamente útil.

M. A. L.

AVISO

A nuestros Suscritores y Agentes

Con el presente número enviamos el 1º del 2º trimestre.

Tenemos en preparación ya el siguiente, el cual no enviaremos sinó a los que esten al corriente con la Administración, teniendo en cuenta que la suscripción se paga por adelantado.

M. Patiño

ADMINISTRADOR.

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Octubre de 1899

Delitos		Contravenciones			Accidentes			Suicidios y tentativas				
NATURALEZA	Número de delitos	CAUSAS	Individuos entrados		TOTAL	Accidentes	Víctimas	RESULTADO	Varones	Mujeres	Total	
			En el Departamento	En las Comisarias								
Contra las personas.....	215	Ebriedad	1582	127	1709	184	184	Suicidios...	10	2	12	
Contra la propiedad.....	360	Desorden.....	411	112	523			Tentativas.	6	2	8	
Contra la honestidad.....	—	Uso de armas y otras contravenciones	294	408	702	Incendios			Totales...	16	4	20
Contra las garantías individuales y el orden público.....	58	Totales.....	2287	647	2934	Incendios	Pérdidas \$ m/n	Valores asegurados				
Total.....	633					8	93.600	149.000				

Nota de la Administración

Se hace presente á los suscritores y agentes que la suscripción á esta Revista **se cobra por adelantado.**

En consecuencia: suspendemos el envío á todos aquellos que no acepten esta condición.

L'Humanité Nouvelle

Revista Internacional

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Director Científico A. HAMON — Director Literario V. EMILIO MICHELET

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Extranjero: semestre frs. 8 - año frs. 15 ⇄ Por número suelto frs. 1,50

Librería C. REINWALD Frères Editores — 15 Rue de St. PÉRES No. 15

PARIS

RISTORANTI



ANGEL CARPINACCI

Calle Chacabaz. 1540.

BUENOS AIRES

Libreria Italiana

Dante Alighieri

369 — FLORIDA — 369

al fianco della Sigarrería Italiana

Si sono poste in vendita le seguenti novità.

L'Isola dell'amicizia

di E. SUDERMANN

IL GENIO

di G. BOVIO

V. MONTIGNY & L. REGIS

CONSTRUCTORES ESPECIALISTAS

— DE —

Pozos semi-surgentes

COLOCACIÓN DE MOLINOS Á VIENTO

BOMBAS Y MALACATES DE TODOS SISTEMAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

546-Avenida La Plata-546

BUENOS AIRES-Almagro

Guia Profesional

CONSULTORIO JURIDICO

DE LOS

DRES. PEDRO GORI Y EMILIO J. MARENCO

ABOGADOS

Estudio: Talcahuano 379

Asuntos comerciales, civiles y penales en la República, en Italia y demás Países de Europa y América donde el Consultorio tiene colegas corresponsales.

Se absuelven consultas verbalmente y por correspondencia en español, italiano, francés é inglés.

ABOGADOS

DR. RICARDO DEL CAMPO

Causas Criminales y Correccionales

ESTUDIO: Rivadavia 549

DR. JUSTO P. ORTIZ

Asuntos Judiciales y Administrativos

ESTUDIO: Rivadavia 549

DRES. MANUEL CARLÉS Y

MODESTO ALVAREZ COMAS

ESTUDIO: Alsina 780

DR. OSVALDO M. PIÑERO

ESTUDIO: Piedad 311

DR. ANTONIO ROMANACH

ESTUDIO: San Martin 172

DR. CLODOVEO MIRANDA NAON

ESTUDIO: San Martin 172

DR. MARCELINO TORINO

ESTUDIO: Cuyo N. 1707

DR. JULIAN L. AGUIRRE

ESTUDIO: Banco de la Provincia

PARTICULAR: Rivadavia 5490

DR. CARLOS MALAGARRIGA

Florida 250

DR. C. DEL CAMPO

CONSULTAS DE 2 Á 4 P. M. Lavalle 1151

DR. LUIS H. ALBASIO

Corrientes 1745

DR. CARLOS M. URIEN

Perú

CALÍGRAFOS

ANDRÉS J. COSTA

PERITO CALÍGRAFO

Revisión de firmas, documentos adulterados, informes legales, etc.

ESTUDIO: Saavedra 450

MÉDICOS

DR. MANUEL T. PODESTÁ

Cuyo 424

PROCURADORES

MANUEL PATIÑO

ADMINISTRADOR DE

CRIMINALOGIA MODERNA

Bajo la dirección de los Doctores PEDRO GORI y EMILIO J. MARENCO acepta poderes para desempeñarlos ante el Poder Judicial de la Capital Federal y de La Plata.

ESTUDIO: Calle Talcahuano 379

DR. JOSÉ MA. LOPEZ

ESTUDIO JUDICIAL

Se tramitan exhortos

Se dan consultas

Calle 49 No 882
LA PLATA

San Martin 89
B. AIRES

SANTIAGO LOCASCIO

TRAMITA ASUNTOS JUDICIALES

Estudio del Dr. Gori — TALCAHUANO 379

COMISIONISTAS

ANDRÉS MUGICA

COMISIONISTA

de Buenos Aires á La Plata

Se encarga de llevar y traer cualquier encomienda ó asunto por delicado que sea.

Dirigirse en BUENOS AIRES: Bolivar 15, Bazar— Unión Telefónica 1437.

En LA PLATA: alle 51, número 637.